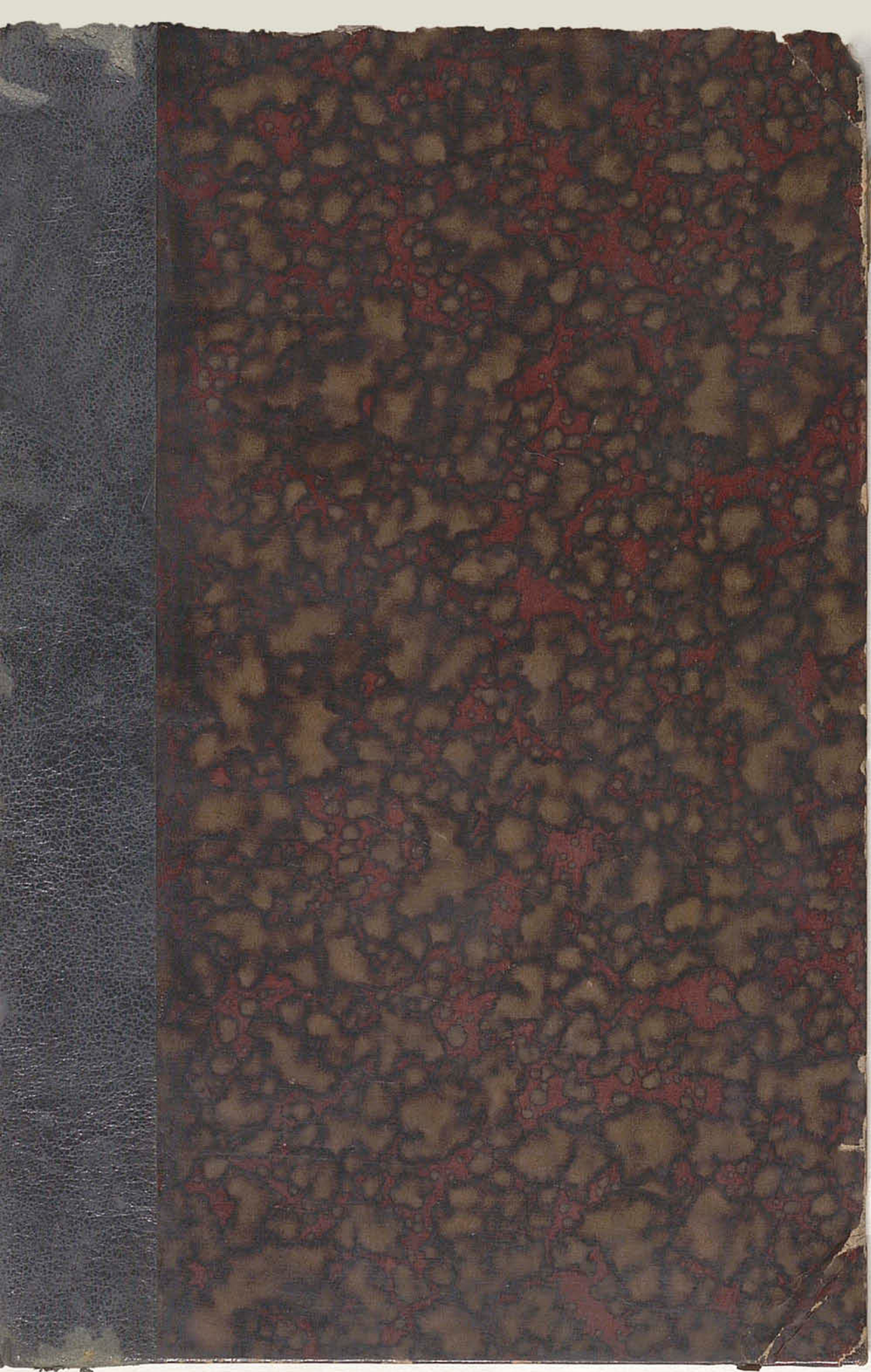






BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra.....1-7 p.

Sala en que se encuentra.....9

Tabla en que se halla.....253

Orden que en ella tiene.....8

INDICE

1. Alarcón, Pedro de.- El clavo.
2. Turena, Leopoldo de.- La muerte de Vicuña Mackenna. Poema.
3. Ohnet, Jorge.- El canto del cisne.
4. Gautier, T.- El perrito de la marquesa.
5. Lennox, G.- Le train.
6. Sinués, María del P.- Historia de un ramillete.
7. Gransart, Mme.- Elena.

BIBLIOTECA NACIONAL



0553668

— 7 —
ELENA

POR

L. M. H. GRANSART

CUARTA EDICION

TRADUCIDA DEL FRANCES AL ESPAÑOL

POR

NICOLASA M. de MARAMBIO

Y DEDICADA

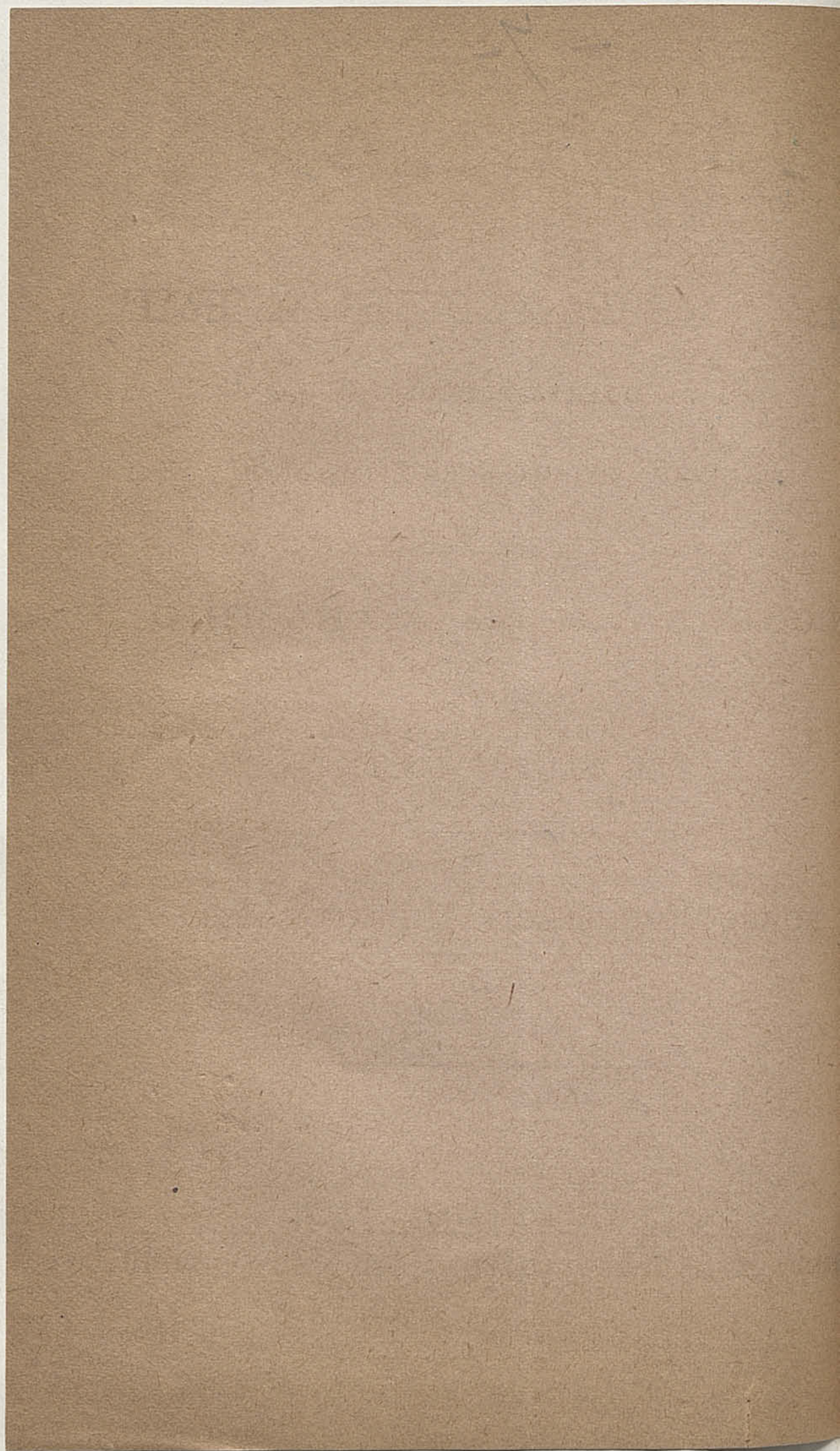
A MI HIJA ELENA

HUASCO, QUEBRADITA, JUNIO DE 1890.

VALPARAISO:

IMPRESION DE LA PATRIA, CALLE DEL ALMENDRO, NÚM. 16

—
1890



- 4 -
ELENA

POR

M.^{ME} GRANSART

CUARTA EDICION .

TRADUCIDA DEL FRANCES AL ESPAÑOL

POR

NICOLASA M. de MARAMBIO

Y DEDICADA

A MI HIJA ELENA

HUASCO, QUEBRADITA, JUNIO DE 1890.



VALPARAISO:

IMPRESA DE LA PATRIA, CALLE DEL ALMENDRO, NÚM. 16

—
1890

618496

EL ENA

1891

GRAN ART

CUARTA REGION

TABLA DEL TRATADO

1891

COLASIA M. DE MARIANO

2. DEGRADA

A MI HILIA ILIENA

LIBRO DE CUENTA DEL AÑO DE 1891



VIAJES

LISTA DE LA BIBLIOTECA DE LA INSTITUCION

1891

ELENA

POR

MADAME GRANSART

CAPITULO I.

En una de esas bellas mañanas de primavera en que la naturaleza parece estar de fiesta, ostentando su lozania, tanto por el ornato de sus flores como por el alegre gorjeo de los pajaritos, una silla de posta avanzaba rápidamente por el camino que conduce a Ramiremont, linda aldeita situada a algunos kilómetros de los límites del Alto Rin.

Una señora de alguna edad, acompañada de una niñita de 9 a 10 años, ocupaban solamente el interior del carruaje: la primera, tranquila e indiferente como persona poco accesible a vivas impresiones y que ha visto mil veces los sitios que recorre; la otra, alerta y lijera, yendo de una a otra portezuela, para recrearse con cada novedad que pasa ante su vista. Seria necesario haber recorrido estos lugares pintorescos y encantadores para comprender todo el goce que debian hacer experimentar a una niña cuya naciente imaginacion se veia por la primera vez en presencia de las sublimes bellezas de la creacion.

Esa doble cadena de montañas que vá a perderse en lejano horizonte, variando hasta lo infinito sus imponentes formas; esos prados, esos fértiles valles por los cuales el Mosella serpentea cual raudal de cristales, tan pronto arrojándose espumoso contra las gigantescas rocas, o bien tomando su apacible curso en medio de la flores y arbustos que bordean su arenoso lecho; o ya sus alegres cabañas rodeadas de verdura agrupándose en el valle o aislándose al pié de la montaña, lo cual completaba de amenizar ese aspecto salvaje de la naturaleza; y en fin, esos numerosos ganados, esos labradores infatigables en sus tareas, moviéndose en todas direcciones como para dar mas vida, aun, a ese viviente paisaje: todo contribuía en tan magníficos campos a encantar la vista y a conmover los corazones. Nuestra pequeña viajera no estaba en sí de gozo, experimentando tan poéticas impresiones y con infantil entusiasmo admiraba esta série no interrumpida de preciosos cuadros que se renovaban a cada vuelta del camino.

—¡Qué delicioso pais, querida abuelita! exclamaba la niña, dirigiéndose a la anciana, medio recostada en los cojines del carruaje. ¡Qué bello es todo esto! ¡Qué felices deben ser los que viven aquí! ¡Oh! si mi papá y mi mamásita se decidieran a venirse, yo no desearía dejar estos lugares!

—Antes de ocho dias, mi querida niña, contestó la señora sonriendo, estarias casi muerta de fastidio, tan acostumbrada como estás al movimiento lleno de atractivos de la vida parisiense.

—Pero los habitantes de estos bellos lugares deben ser tan buenos, respondió la pequeñita, pensando en su inocente confianza que no pueden ser malos los que al rededor de sí tienen todo lo favorable al bien y la virtud. Tendré amiguitas, añadía, iremos a correr juntas en los bosques, en los prados y ni me acordaré de esas largas calles de Paris donde todo el mundo anda encontrándose sin conocerse; ni de sus paseos donde solo se puede ir con primorosos trajes.

—Ah! ah! exclamaba riendo la señora; desearía de buena gana, mi querida Elena, verte cara a cara de esas amables criaturas con quienes deseas hacer amistad! Qué diríais al ver sus rostros tostados por el sol, oir su lenguaje grosero y

sus maneras vulgares? Esto sería para disgustarte para siempre de toda relacion con el linaje humano.

Estas reflexiones parecieron entristecer a la jóven viajera; dobló silenciosamente la cabeza ante una de las portezuelas, preguntándose con inquietud si era posible creer que estos lugares tan brillantes de luz y de verdor fuesen habitados por criaturas tan poco dignas de afeccion.

Sin embargo, se aproximaban a Ramiremont, cuyas murallas, formadas de elevadas montañas, ofrecían un magnífico golpe de vista. La niña palnoteaba las manos al divisar la aldea donde iba a pasar algunos meses, y el recuerdo de lo que acababa de decirle su abuela se borró completamente de su imaginacion, dando lugar a los mas alhagüenos proyectos.

Mr. Dumont, que era el nombre del abuelo de Elenita, ejercía la profesion de notario desde hacia treinta y cinco años. Hombre leal y bienhechor, se había conquistado la estimacion y el afecto jeneral.

Tan pronto como oyó parar el carruaje en la puerta de la acocher, dejó apresuradamente su gabinete, donde hacia algunas horas esperaba impaciente la llegada de su esposa y de su nieta, saliendo a recibirlas en sus brazos en el momento que ellas dejaban la silla de posta.

—¡Cuánto has crecido, mi querida hijita, en los dos años que no te veía! dijo a Elena, abrazándola con ternura; luego dirigiéndose a Mme. Dumont, le dijo:

—¿Y Arturo nos la dejará largo tiempo? ¿Debes haberte entendido sobre esto?

—Vamos, amigo mio, no pensemos aun en la partida cuando recientemente llegamos, respondió la anciana, entrando con algunas cajas que no creía deber confiar a los domésticos.

Luego, asegurándose que el desayuno estaba servido, se dirigieron todos al comedor.

—¡Cuánto vamos a divertirte, mi querida hijita, durante tu permanencia entre nosotros! dijo Mr. Dumont a esta última, cuando la tuvo sentada a su lado: he dirigido numerosas invitaciones para las noches, para partidas de campo, y quiero que desde mañana principien las fiestas. ¡Cuán orgu-

lloso y feliz voi a sentirme, presentándote a todos nuestros amigos!

—Sabía de antemano que me mimarías, abuelito, respondió Elena sonriendo; para dudarlo habría tenido que olvidarme de los cariños que me prodigaste cuando fuiste a vernos en París, lo que siempre recuerdo con agrado y gratitud.

—Pero, deja comer a esta niñita, dijo Mme. Dumont un tanto resentida, viendo que la niña la olvidaba por un momento.

El notario cedió con docilidad a este aviso que acababa de serle hecho con un tono imperioso. Amaba, sobre todo, ver reinar la paz en el interior de su casa y a veces se había tomado por debilidad de carácter, lo que no era en él sino principios de concordia.

Después del desayuno llevó a Elena al jardín, a fin de conversar con ella libremente, en tanto que su mujer iba a hacer una visita en la casa para inspeccionar si todo había sido ejecutado escrupulosamente durante su ausencia.

—Ven a mis brazos, hija querida, le dijo sentándola en sus rodillas, hablemos de tu padre y de tu madre; veamos: ¿qué hacen?

—Música, siempre música! respondió Elena con un tono que hizo comprender al anciano, que esto no despertaba ningún recuerdo agradable en el espíritu de su nieta.

—Y eso te causa, ¿no es verdad? ese piano y ese violín que resuena sin cesar en tus oídos? respondió el anciano acariciándola, ¿qué quieres? Sueñan por ser artistas, y para esto es necesario largos estudios, un trabajo muy continuado.

—Pero puesto que tú eres rico, papasito, y que nos das todo el dinero que necesitamos ¿por qué mis padres se fatigan así?

El notario pareció algo embarazado para contestar; inclinó la cabeza, miró a la niña con cierta emoción y murmuró en voz baja:

—¿Quién sabe lo que puede sobrevenir, mi querida amiga! Se han visto las mas bellas fortunas desaparecer en un día por accidentes que estaban lejos de preverse; pero el talento queda siempre para proveer con honorabilidad a las exigencias de la vida; y es por esta razón, que lejos de des-

probar lo que hacen tus padres, al contrario, los animo y aliento constantemente a continuar sus esfuerzos.

Elena pareció reflexionar un instante, luego levantando hacia él sus hermosos ojos azules, exclamó:

—¿Será posible, abuelito, que se vean obligados a ganarse la vida por medio de la música?

—No digo eso, mi querida hijita, no digo eso, se apresuró a responderle; solo que en este mundo es necesario proveerlo todo, a fin de no vernos sorprendidos por la desgracia.... Pero veamos, añadió con dulzura, no has venido aquí para entristecerte con cuestiones que no son propias de tu edad; hablemos de otra cosa. ¿Tienes juguetes? ¿Alguna linda muñeca? Pues será necesario que te procure todo eso.

—Tengo aun la hermosa muñeca que me regalaste hace dos años, respondió la niña visiblemente satisfecha de dejar una conversacion que principiaba a entristecerla; la he conservado con mas cuidado que las otras por ser recuerdo de mi querido abuelito.

—¡Bien! para recompensarte te prometo una mas bella aun; iremos juntos a comprarla y la escojerás a tu gusto.

Elena abrazó a su abuelo en prueba de reconocimiento, y se fueron a encontrar a Mme. Dumont que entraba al jardin en este momento.

CAPITULO II.

Existia en esta época en los alrededores de Ramiremont, una desgraciada familia que no habiendo podido pagar el alquiler de una pieza, se habia visto obligada a buscar asilo en una cavernosa roca situada cerca del camino de Plombières. El padre de esta familia, llamado Santiago Bonnard, era uno de esos rasguñadores de violin que se colocan a orillas del camino para implorar la caridad pública. Apenas veía lo suficiente para caminar, aunque a pesar de su deseo de tomar una ocupacion, le era imposible recurrir a otro medio para sostener a su mujer, enferma desde largo tiempo, y sus niños, casi todos de corta edad.

En los pequeños pueblos, la jente es mui circunspecta cuando se trata de aliviar el infortunio; así es que los transeuntes, testigos de la deplorable situacion de esos pobres, se decian, llevados de su gran prudencia, que debian ser vagabundos para poder colocarse así en medio del camino; y por temor de alentar el vicio de la pereza, continuaban su camino, dejando caer sinó mui rara vez alguna que otra pieza de cobre en las suplicantes manitos de los miserables niños cuyas languidas caritas eran capaces de compadecer los corazones mas empedernidos.

Si se hubiesen tomado la molestia de atravesar algunos metros de terreno que separaban la roca del camino, habrían podido contemplar el triste espectáculo de una mujer enferma tendida en una cama de hojas secas y rodeada de su familia andrajosa, creemos que el temor de alentar los vicios, habría podido ahogar la compasion en sus corazones; pero nadie había pensado en hacerlo.

En vano la mayor de las niñas, de catorce años de edad, clamaba con el mas triste acento:

—¡Tengan piedad de mi pobre madre enferma!

Los unos volvian la cabeza, otros la repulsaban diciéndoles que trabajase y rara vez se condolian de sus súplicas.

Sin embargo, en uno de esos dias que Dios bendice por un buen número de piadosas almas no han perdido la santa costumbre de consagrarle ruegos y buenas obras, una niña acompañada de una señora de edad, se dirijian por el camino carretero, deteniéndose en cada planta a fin de recojer algunas flores.

—¡Tengan piedad de mi pobre madre enferma! esclamó como de costumbre la mendiga, cuando vió aproximarse las paseantes. No nos abandonen, continuó, estendiendo sus brazos en direccion a la roca, para hacer comprender que ahí donde jemía su madre.

—¡Qué! ¿Esa roca es vuestra morada? esclamó la niña, al diendo al llamado lastimero de la mendiga, en tanto que la anciana apresuraba el paso para alcanzarle.

—Sí, señorita, respondió la niña. Usted tiene a su vista un abrigo de siete personas.

Sacar su porta-monedas y vaciar su contenido en la mano de la jóven suplicante fué una sola accion en la sensible niñita.

—Toma, la dijo con emocion, es todo cuanto me queda; pero aquí viene mi abuelita y ella tambien os ayudará.

—¿Qué haces, Elena? preguntó severamente la anciana, adelantándose resueltamente; ¿no te he dicho que no debes fiarte de lo que dicen estos pordioseros de profesion?

—¡Oh! te ruego, abuelita, no des pena a esta pobre niña! exclamó tristemente la jenerosa niñita: su madre está enferma ahí en esa roca; debe ser mui desgraciada! ¿no es verdad?

—¿Y no será con el objeto de escitar con mas seguridad la piedad de los transeuntes, que esta jente desvergonzada viene a ostentar su miseria a los ojos de todo el mundo? Vamos, persíguene, y en adelante pídemle consejo antes de obedecer ciegamente a tu gran sensibilidad.

Sin embargo, Elena no se movia de su lugar, contemplando a la pobre niña, que parada, con los ojos bajos, no sabia si debía o no aceptar la considerable suma que tenia en sus manos.

—Y bien, replicó Mme. Dumont, pues nuestros lectores la habrán reconocido; y bien, Elena, ¿estás pronta?

—Aun nó, abuelita, respondió la niña haciendo un esfuerzo para resistir al temor que le causaba el tono imperioso de su abuela.

—No puedo decidirme, añadió, a alejarme de estos lugares sin visitar a esta desgraciada madre; permitídmelo, os lo suplico!

—Singular capricho! contestó la anciana, visiblemente contrariada por la súplica de su nieta, pero calculando que la vista de una miseria tan repulsiva, podria curarla para siempre de una mal fundada compasion, la dejó ir, recomendándole volver al momento que la esperaba al borde del camino.

—Consuélate, madre! un ángel del buen Dios ha tenido piedad de nosotros, dijo la mendiga, vaciando en su descarada mano las monedas que acababa de recibir de Elena.

—¡Que el cielo os bendiga, querida señorita! murmuró débilmente la desgraciada enferma, levantándose con trabajo. Con esto podemos alimentarnos durante quince días, continuó; quién sabe si en este tiempo no podré reponerme y volver a trabajar en mis bordados, y entónces estamos salvados!

— Siento no poder daros mas en este momento, respondió la niña, con los ojos arrasados en lágrimas, a la vista del triste cuadro que tenia ante sus ojos; pero yo volveré, y entónces estaré, sin duda, en estado de prestaros otros socorros.

—Oh! Dios de misericordia! al fin habeis oido los angustiosos jemidos de una familia infortunada! exclamó la enferma levantando sus ojos al cielo; luego, fijándolos en Elena, cuyo hermoso semblante experimentaba en este momento la viva sensibilidad,

—Mi Rosa tiene razon, dijo; vos debeis ser un ángel de Paraiso, pues los habitantes de este mundo no sienten los pesares de sus semejantes!

La voz de Mme. Dumont se hizo oír fuera llamando a Elena; ésta se apresuró en prometer una nueva visita y salió de ese miserable retiro colmada con las bendiciones de la pobre madre y de sus hijos.

—Estabas mui entretenida ahí dentro, hermanita de Carlos, le dijo sonriendo la anciana cuando llegó a su lado. Verdaderamente faltarias a tu vocacion si no te hicieses religiosa, añadió; poder a tu edad soportar la vista de semejantes cosas, eso no es natural; nadie lo creería.

La niña no respondió a los sarcasmos de la abuela, sino con una triste sonrisa; estaba sumamente impresionada por lo que acababa de ver y oír para poder articular una sola palabra. Cuando regresó a la casa su corazón, siempre opacado, experimentó el deseo de confiar al buen Mr. Dumont las emociones que la agitaban. Fué a buscarlo a su gabinete y sentándose sobre sus rodillas, que tanto agradaba al anciano, le dijo:

—Me habeis prometido una linda muñeca, papasito.....

—Es verdad, respondió éste, sin dejarla continuar. Haz bien en recordármelo, hijita, pues tengo tanto que hacer que puedo olvidar mi promesa.

—Y si yo te rogara que no la comprases, abuelito? repuso Elena abrazándolo; si yo te rogara empleásemos esa suma en otra cosa?

—Serías acaso caprichosa, mi querida hijita? le preguntó el anciano sonriendo. ¿Tienes acaso visto ya el objeto que mas deseas?

La niña le contó con todos sus detalles lo que nosotros ya sabemos y concluyó suplicando a su abuelito le permitiese ocurrir de nuevo a esta desgraciada familia.

—Yo seria un malvado si me opusiera, mi querida hijita, le respondió con voz conmovida; tendrías el derecho de no amarme, lo que me causaría un gran pesar. Dame tu bolsa para abastecerla, y en adelante cuenta conmigo para ayudar a tus protegidos.

—Oh! gracias, gracias, abuelito! exclamó la niña llena de gozo por el resultado de su empresa y corrió hácia la pieza a ocultar su precioso tesoro.

CAPITULO III.

Estamos en dia domingo y una brillante reunion debe asistir a casa de Mr. Dumont. El gran salon adornado de flores y las mesas con variedad de refrescos esperaban a las jóvenes invitadas, acompañadas de sus madres. Elena debia vestir un lindo traje de crespon azul que le habian hecho sinpresamente para ese dia. Aunque ya habian comido y era a bastante tarde, no demostraba ningun empeño en estrenar su traje, lo que principiaba a escitar los nervios de su irritante opabuela.

—Estoi cierta, se decia, que este malhadado encuentro con los gordos le ha trastornado la cabeza. Singular carácter el suyo que en nada se parece a las demas niñas!

Haciéndose estas enojosas reflexiones, llamó a su camarera dándole órdenes de llamar a la niña que en ese momento se paseaba pensativa en el jardin, y vestirla inmediatamente. Jamas Elena les pareció mas hermosa a sus abuelos que cuando entró al salon con sus frescos adornos. Su traje azul

hermoso sentaba tan bien con la transparencia de su tez el matiz de sus ojos; su hermosa cabellera rubia separada en dos trenzas espesas y sedosas; se veía tan suave, que podía por menos que admirarla. El excelente Mr. Dumont, sobre todo, se complacía contemplando interiormente la belleza de su nieta; para él era una encantadora imagen de las amables cualidades que sabía apreciar en ella.

La reunion no tardó en estar completa. Imagínense, cuarenta niñas vestidas de blanco, rosa y azul, bailando y ajitándose con la franca y expansiva alegría de los seres queridos, y se tendrá una idea del aspecto que ofrecía el salon de Mr. Dumont, durante esta encantadora fiesta. Solo Elena parecia preocupada en medio de los alegres grupos que la rodeaban. Mme. Dumont lo habia notado con disgusto y aun se habia quejado a su marido diciéndole que Elena llegaría a ser hasta grosera en la sociedad.

—La quiero como está, respondió el notario; su linda pensativa me gusta mas que las alegres de sus compañeros.

En seguida fué a colocarse al frente de su querida para admirarla a su gusto.

—¡Vaya! ya adivino, celeste criatura! pensó entre sí, leer a traves de ese lijero velo de tristeza esparcido sobre tu frente, las laudables preocupaciones de tu tierna imaginación. No has olvidado, en medio de esta fiesta en que todo te lleva a la felicidad, que pobres criaturas sufren y lloran en un miserable rincon, y es ese enojoso contraste que turba la alma recta y jenerosa.

Reflexionando así, el buen anciano se detuvo en un proyecto, que, segun él, debia poner fin a la inquietud de su nieta; pero se guardó bien de confiárselo a Mme. Dumont, estando cierto, de antemano, que se opondría vivamente a su ejecucion. Este proyecto consistía en dar con Elena una vuelta por el salon, a fin de interesar a los invitados en la desgraciada familia y de reunir para ella una suma que permitiese comprar un terrenito en el centro del pueblo.

—Ven, hija mia, dijo a la niña tomándola de la mano. Quiero trabajar esta tarde por la felicidad de tus protectores.

Elena no comprendió de pronto; pero cuando vió a su abuelo dirigir su peticion a algunas damas donde tenia la seguridad de encontrar

de ser bien recibido, cuando hubo oído con términos movedores los motivos que lo llevaba hacia ellas, sus brillaron de reconocimiento hacia su jeneroso abuelo, y buena gana lo habria abrazado en presencia de la numerosa concurrencia, segun lo arrastrada que se sentia hacia él los simpáticos lazos que unian sus sentimientos. Tanto como supo Mme. Dumont de lo que se trataba, esclamó con tono colérico:

—¿Será posible envilecerse, hasta declararse protector de un hombre tan miserable? Verdaderamente es una locura, y si no quisiera turbar esta brillante reunion, los detendría en su círculo.

Varias señoras parecieron participar de las ideas de la niña de casa; ¿pero seria esto una concesion política que hiciera a este respecto, o un sentimiento real a tan injustas lesiones? No podríamos asegurarlo. En todo caso, cuando Elena y su abuelo llegaron ante ellas, hicieron como las niñas, dieron su ofrenda acompañándola de sonrisas y amorosas palabras.

—Os felicito por vuestra noble esplotacion, querido marile dijo Mme. Dumont, con voz apenas contenida; con esas formulas bellas disposiciones en esta pequeña, asociándote a esas exageraciones de sensibilidad; veremos mas tarde a lo que esto la conducirá.

La niña se sonrojó balbuceando algunas excusas; pero Mr. Dumont, queriendo poner fin a una escena que habria podido dar lugar a un temible diapason, tomó apaciblemente la mano de la niña y se fué a otro círculo.

Terminada la colecta, Elena corrió a su pieza a fin de gozar un instante en libertad a la vista de esa bolsa casi llena que acababa de entregarle su abuelo para emplearlo en alivio de sus protegidos. Contó la suma, y cuando tuvo en la mano la última moneda exclamó con alegría:

—¡Ciento veintidos francos! Mas de treinta me ha dado mi abuelito! qué fortuna para esta desgraciada familia! Oh! Mañana temprano iré a dejársela. Cuán felices van a ser!

Y volviéndose al salon se puso a bailar con una lijereza y gracia que hasta entónces no habia lucido.

CAPITULO IV.

Nada dispone tanto a la oracion como el pensamiento a una accion caritativa. Parece que Dios llama así a esas almas que a ejemplo de su Divino hijo, se conmueve con los sufrimientos de sus hermanos y les busca continuamente remedio a sus infortunios. Parece que se aproxima con amor a esas almas, derramando sus bendiciones, hablándoles animosamente de santas esperanzas y de felicidades eternas.

Así, al recordar la pequeña Elenita, inspirada por los recuerdos de consuelo que iba a llevar a esa desgraciada familia, elevó sus miradas hacia el cielo, repitiendo en alta voz una tierna oracion que habia aprendido desde pequeña sobre las rodillas de su madre.

Creemos un deber transcribirla aquí, a fin de que nuestros lectores, cuando tengan la felicidad de participar de las impresiones de que estaba poseida la piadosa niña, puedan exclamar como ella llenas de reconocimiento:

Antes que asome la aurora,
Padre santo Creador,
Mi alma que tanto os adora
Te saluda con amor.

Cuando el pajarillo canta
Su saludo matinal
Con su gorjeo, levanta
Mi fe, padre celestial.

Por mis padres hoy imploro
Vuestra santa proteccion;
Padre mio, yo os adoro;
Escuchad mi peticion.

Haced que de mi ternura
Nada tengan que temer,
Y les pague con usura
Y virtudes su querer.

Y mis ruegos elevando
 Con un tierno corazon,
 De vos quedo yo esperando
 Vuestra santa bendicion.

Cuando Elena bajó a desayunarse, el buen caballero notó un dulce satisfaccion, que su semblante estaba mas fresco y sus ojos mas brillantes aun, que de ordinario.

—¿Has tenido algun bonito sueño esta noche, mi querida hija, que te veo tan alegre? le preguntó abrazándola.

—Me haceis tan dichosa, papasito, le respondió la niña; cómo se puede no ser feliz con la existencia que me proporcionais?

—Sí, sí, gozaos de vuestra obra, jóven imprudente! exclamó de pronto Mme. Dumont, que acababa de entrar sin ser vista; gozaos, continuó, con aire de dignidad ofendida; haber consentido que vuestro abuelo comprometa su carácter hasta ahora honorable, tendiendo vergonzosamente la mano en la sombra de los vagabundos, de jente que nada vale y de la que te has apasionado de un modo tan extraño.

—Vamos, calmaos, mi querida mujer, respondió el anciano, fin de atraerse la tempestad que amenazaba a la niña. El desayuno está servido, continuó, sentémonos a la mesa y vivamos en paz.

—Bien lo quisiera, respondió la señora, sentándose, pero podrá conseguirse esto con Ud., señor? Sería necesario tener paciencia de santa para soportar vuestras locuras sin inmutarse.

—¿No las tenemos todos? respondió sonriendo Mr. Dumont; yo tengo mis caprichos, tú los tuyos; lo mejor es, a mi ver cerrar los ojos para no irritarnos unos contra otros.

La señora creyó prudente no contestar, sirvió el desayuno en un mal humor aparente y dejó la mesa ántes que su esposo y su nieta.

—La niñera está prevenida, hijita, dijo el anciano, cuando se ó solo con la niña; te espera en el jardin para acompañarte a casa de tus protegidos; ve a prepararte, pues deseo saber pronto que están tranquilos.

Corrió Elena a ponerse su sombrero, y bajando al jardín donde efectivamente se encontraba Margarita, salieron por la puerta del jardín a fin de evitar encontrarse con Mr. Dumont.

Durante el camino, hablaron de la felicidad que llevaba a la desgraciada familia, formaron proyectos para continuarla, confiadas en la ayuda de Mr. Dumont y resolvieron visitarla seguido.

—El patron ha prometido tres botellas de vino añejo semana para la enferma, dijo Margarita, y yo me encargo reunir el pan y la comida que queda diariamente y que mas habia pensado se perdía cuando algunas infelices criaturas se morían de necesidad; y así, con el dinero que le da su abuelito, podrá Ud. salvar de la miseria a esa familia.

—Eres mui buena, Margarita, respondió Elena; Dios compensará esos buenos sentimientos para con tus semejantes.

—¡Ah! señorita, jamas habia pensado en ellos ántes de nocer a Ud., y veo que es un pecado faltar a la caridad; haré lo posible para corregirme.

Al decir esto, llegaron a la roca.

La enferma, como la víspera, tendida en su cama, en tanto que el padre, Rosa y los niños rodeaban una fuente de castañas y legumbres, comían en ronda con un apetito que probaba hacia tiempo no habian saboreado un puchero tan riquísimo.

—¡Ah! es nuestra querida bienhechora! exclamó Rosa, levantándose apresuradamente; sed bienvenida en nuestra honorable morada, añadió acercándose a Elena, pues ya somos ménos desgraciados desde que hemos tenido la honra de que llegueis hasta nosotros.

—Os habia prometido nuevos socorros, y os los traigo, en la niña vaciando el contenido de su bolsa sobre la cama de la enferma. Con esta suma podreis comprar un pequeño terreno y os quedará algo para lo mas necesario.

—¡Justo cielo! es posible? exclamó la enferma enternecida: todo este dinero es de nosotros? Oh! no nos atrevemos a aceptarlo!

—Apenas tendreis con esto para abastecer vuestras primeras necesidades, respondió Elena; pero nos preocupamos de ustedes a fin que nada les falte en lo sucesivo.

La emocion del padre era tan grande, que en vano quiso articular una frase de reconocimiento. Palabras entrecortadas fueron la única prueba que pudo dar de la gratitud que experimentaba en este momento. Rosa, de pié, junto a su madre, la miraba enternecida, como si no hubiese visto en estos inesperados beneficios mas que el bien que ellos podian reportar a la querida enferma, y exclamó con ternura:

—Pronto estarás buena, madre mia, teniendo abrigo y alimento; entónces trabajaremos y no mendigaremos nunca, nunca.

—Debe ser mui triste llegar a semejante estado, dijo Margarita, que consideraba esta escena con el mas vivo interes.

—Oh! Es necesario haber pasado por ello, mi buena señorita, exclamó Rosa, para comprender tan horrible situacion. Verse repulsada por unos, mal juzgada por otros; es de desearse la muerte a no hacerlo uno por los seres mas caros que se tiene en la vida.

—¿Con que es verdad que todo este dinero es de nosotros? preguntó nuevamente la enferma, dirigiéndose a Elena, como para asegurarse que no era un sueño.

—Enteramente vuestro, dijo la niña sonriendo, pueden hoy mismo comprar una habitacion, trasladaros a ella y mañana iremos a veros para asegurarnos que os encontrais bien.

Elena y Margarita salieron para dejar a la familia en libertad de gozar la posesion de su pequeño tesoro; pero un cúmulo de bendiciones acompañó a ámbas.

—¿Es posible que existan semejantes cosas sin que yo jamas haya pensado en ello? exclamó la niñera cuando estuvo en el camino al lado de la señorita. Mis padres no son ricos, añadió, conozco tambien muchos pobres; pero jamas habia visto nada semejante.

—Ya puedes juzgar si era tiempo de socorrerlos, repuso Elena, si el invierno los hubiese sorprendido en ese estado!

—Pero Ud. no dice: si un ángel del cielo no hubiese pasado por ahí, señorita, se apresuró a decir Margarita; pues no dijo como tantos otros: son perezosos, son vagabundos, no vale la pena ocuparse de ellos, y ahora los vemos llenos de muchas penas mediante vuestras benditas manos.

—Dí mas bien por las de ese excelente padre, sin lo cual yo no habria podido sino jemer por su infortunio, sin poderlos ayudar, respondió la dulce niña, cuyo corazón reconocia queria atribuir a su abuelo todo el mérito de la accion que acababa de hacer.

Esto iban conversando, cuando Mr. Dumont apareció dando una vuelta del camino.

Impaciente por saber el resultado del paso de su querida Elena, no habia podido entregarse a sus ordinarias tareas; se habia decidido a venir a su encuentro a fin de saber pronto lo que habia pasado.

—Y bien, qué dicen? qué piensan hacer? exclamó al venir.

—Oh! si los hubieseis visto como nosotras, papasito, respondió la niña, ¡cuán feliz hubiérais sido de atribuirnos felicidad! Hoi mismo se buscaron un alojamiento para darse, y ya la pobre enferma, en su cama de hojas secas, tenía ánimos para ponerse pronto a trabajar, creyéndose buena.

—¡Vamos! hé ahí un éxito magnífico en la primera accion importante de tu vida! dijo el excelente anciano; esto te inspirará a emprender otras de ese jénero, ¿no es verdad? No sabes que yo estoi aquí, y que mi mas grande placer es ayudarte siempre en semejantes circunstancias.

Al llegar a casa, encontraron a la señora mui inquieta sin saber qué se habian hecho su nieta, su esposo y su hijo.

—¿Qué es lo que pasa en mi alrededor? preguntó con voz irritada a Mr. Dumont, ¿no soi nada en esta casa para que desdeñen mis consejos?

—Conocíamos de antemano el que nos darias en este asunto, respondió tranquilamente el notario; por eso he querido evitarte el disgusto de desaprobarnos.

—¡Ah! si se tratará aun de esos pordioseros! exclamó la señora; es preciso que os hayan encantado para que os ocupéis de ellos hasta ese extremo.

—Encantados o nó, estamos satisfechos con nuestra accion, exclamó Mr. Dumont, y te ruego, mi querida amiga, que nos dejes gozar tranquilamente nuestra felicidad.

Mme. Dumont iba a replicar nuevamente, pero notó que los tres culpables habian desaparecido y se tuvo que contentar con llamar a Margarita y dirigirle severos reproches por lo que ella llamaba un abuso a su autoridad.

CAPITULO V.

A la mañana siguiente, una niña vestida miserablemente abría con temor la reja del jardin de Mr. Dumont, mirando a todos lados como para cerciorarse si se encontraba ahí la persona que buscaba.

—¡Ah! eres tú, Rosa, exclamó Elenita, que justamente se entretenía en ese momento haciendo un ramo para colocar en su pieza.

—Vengo a decirle, mi buena señorita, que desde ayer nos encontramos en una pequeña casita que hemos conseguido al pie del monte Calvario, respondió la mendiga. Mi pobre madre se siente mucho mejor y si tuviera la dicha de verla pronto, creo que su mejoría sería aun mas rápida.

—Pienso ir hoy mismo, dijo Elena, encantada de saber que sus protegidos estaban ya en una buena casa: vuelve a su lado, Rosa, y particípale mi próxima visita, se apresuró a decirle, temerosa de que su abuela viera a la mendiga.

Ambas jóvenes se separaron.

Solo una cosa inquietaba a Elena y era la dificultad de ausentarse, tanto ella como Margarita, sin que lo notase su abuela; pero el excelente Mr. Dumont que fué consultado sobre esto, se encargó de disculparlas en caso que su esposa las llamara.

—Sobre todo, mi querida hijita, añadió, no olvides recomendar a Margarita que lleve el canasto de provisiones y el vino que he dejado por separado. Es preciso recuperar las fuerzas de nuestra enferma y entónces estas buenas jentes saldrán de apuro con lo que nosotros podamos ayudarles.

—Gracias, papasito, respondió la niña, abrazándolo tiernamente, y se fué a la cocina a dar aviso a la niñera de la interesante escursión que debían hacer juntas.

Cuando llegaron a la casa del Calvario, se sorprendieron al orden que reinaba en las dos habitaciones que componían el alojamiento de la pobre familia. Algunas sillas de madera, una mesa, dos camas muy aseadas era todo lo que constituía el mobiliario; pero todo con tanta limpieza y buen gusto que apenas se notaba la falta de otros indispensables objetos.

Los niños habían salido con su padre, así es que nuestros visitantes no encontraron más que a Rosa y su madre, ambas ocupadas en coser algunas piezas de ropa, las más indispensables. Desde que la enferma, sentada en su lecho, vio entrar a las dos jóvenes, un rayo de felicidad brilló en su mirada y juntando las manos con reconocimiento,

—¡Sed bienvenidas, por los consuelos que nos prodigáis continuamente, queridas señoritas! exclamó con voz trémula de emoción. Los primeros rayos de sol que nos visitan en primavera, no nos son tan agradables como vuestra presencia en el momento de visitar nuestra humilde morada.

—No somos nosotras recompensadas mil veces más de lo que poco bien que os hacemos por el placer que vosotras esperamos? respondió Elena, sentándose al lado de la cama.

—Verdaderamente no puedo comprender, añadió, cómo tantas personas que se privan de esta felicidad.

—¡Oh! esto es muy cierto! dijo Margarita, pensando en su pasada indiferencia, pero uno no se lo sueña; se vive tranquilamente gozando su bienestar, sin inquietarse de que otros carecen de todo; y en verdad que se debe ser muy culpable ante Dios, que tanto nos recomendaba la caridad cuando estábamos en la tierra.

—Desgraciadamente no se piensa más en Dios que en los pobres, respondió la enferma, pues si se le amase más, cumplirían mejor sus leyes que son todas de bondad y misericordia.

—No teníais la intención, madre, de contar vuestra historia a estas buenas señoritas? observó Rosa, con un aire

probaba cuánto deseaba oír esa relacion que talvez había oído repetir muchas veces.

—Temo abusar de su bondad, dijo tímidamente la enferma.

—¡Oh! contadla, exclamó Elena, y creednos que os escucharemos con la mayor atencion.

La pobre mujer pareció reunir sus recuerdos un instante y luego principió en estos términos:

—Nacida de padres que gozaban una holgada posicion, mis primeros años pasaron tan felices como puede desearse. Educacion, consejos y caricias de la mejor de las madres; nada me faltaba y crecí sin pensar que la desgracia podia alguna vez herirme, confiada como estaba en la solitud de aquellos a quienes debia la vida. Pero un dia, apenas tenia yo quince años, esta tierna madre cayó gravemente enferma. Jamás olvidaré la terrible impresion que esperimenté, cuando al volver de casa de una tia que vivia en el campo, ví su dulce y bello rostro, de ordinario tan fresco y sonriente, alterado, pálido y abatido como si la muerte viniese ya a reclamar su presa. No me atrevia avanzar hasta ella y estaba como clavada en el suelo, preguntándome a mí misma si yo tambien no debia morir de dolor ante esta desgracia.

—¡Aproxímate, pobre hija mia! murmuró mi querida madre, con una voz sumamente débil que apenas pude percibir.

Arrojéme llorando sobre su lecho, y sentí que me abrazaba y que sus lágrimas caian sobre mi frente. Yo no supe lo que pasaba por mí; la estreché en mis brazos sin soñar que tal emocion podia serle funesta; la cubrí de besos, restregué sus manos con las mias como para darle mi vigor y exclamé llorando siempre:

—¡Tú no me abandonarás! ¿no es cierto, madre mia? ¿Qué sería de mí sin tus cuidados, sin tu ternura, sin tu amor?...

Por toda respuesta elevó sus ojos llenos de lágrimas, hacía el cielo y adiviné por el movimiento de sus labios que esa santa mujer rogaba por su hija desgraciada!

No me habia equivocado en mi dolorosa prevision. A la mañana siguiente, cuando hube recordado, despues de haber pasado casi toda la noche a su lado, oí los jemicos de mi

padre y las idas y venidas de varias personas, y caí abrumada sobre mi lecho, adivinando que mi pesar habia llegado a su último grado.

Algunos dias despues mi padre me colocó en un pensionato para concluir mi educacion, no pudiendo él, a causa de sus negocios, ocuparse de mí. No pude permanecer ahí largo tiempo. Las pérdidas considerables que experimentó, unido al desórden que se habia introducido en la direccion de la casa, confiada enteramente a personas estrañas, lo pusieron antes de un año fuera de estado de poder pagar los seiscientos francos que era el precio de mi pension, y volví a su lado.

Estos reveses de fortuna alteraron su carácter y para sustraerse a las tristes preocupaciones que le causaban estos acontecimientos, se entregaba a la bebida.

En vano yo intentaba volverlo al buen camino, haciéndole esperar dias mejores, si ambos nos uniamos para levantar los negocios y la casa: toda su respuesta era sacudir negativamente la cabeza y volver a su falta habitual, que otras tantas veces menos vergonzosas vinieron a agravar.

Deciros cuánto tuve que sufrir bajo el imperio de ese régimen degradante, seria cosa imposible. Los dos años que siguieron fueron un martirio de cada instante. Por este tiempo la ruina de mi padre era completa, la miseria principiaba a hacerse sentir, lo que lo hacia ser injusto y a veces hasta violento conmigo. En fin, yo me sentia morir en medio de esta existencia que habia llegado a ser para mí una verdadera agonía. Fué en esa época cuando fuí solicitada para un matrimonio por este pobre hombre casi ciego que participaba de mis sufrimientos. Comprendí bien a qué suerte me comprometia casándome con él; pero ningun tormento podia ser comparado con lo que sufría en casa de mi padre y acepté esta nueva condicion. En tanto que fuí jóven pude soportar las penas y sufrimientos con salud y valor y con un trabajo de veinte horas de las veinte y cuatro del dia pude proveer a las necesidades mas imperiosas de la familia; pero llegó un dia aciago en que mis fuerzas se agotaron y entonces nos fué necesario recurrir a la caridad pública para no morir de hambre y sustraer a nuestros hijos a esta terrible suerte. En esta triste situacion que nos habeis encontrado, cuando

el cielo os ha enviado hácia nosotros. Vuestra alma jenerosa se ha conmovido de nuestra profunda miseria, y gracias a vuestros beneficios, tenemos la esperanza de ponernos nuevamente en pié.

Fácilmente se figurarán, cuánto conmovió este relato a Elena y Margarita. Muchas veces corrieron lágrimas de sus ojos al escucharlo y cuando la desgraciada mujer hubo dejado de hablar, se quedaron mudas, incapaces de dirigirle una palabra de consuelo en presencia de ese abismo de dolores que acababa de ser espuesto ante sus ojos.

Al fin, Margarita, arrancándose a estas dolorosas impresiones, se acordó que llevaba un canasto con varios objetos destinado a la pobre familia y lo depositó sobre la mesa.

—Cada semana se os traerá otro tanto y puede que algo mas, le dijo con fuego, tal es la orden de mi amo. Pero aun que no fuese así, aun que tuviese que ir a golpear las puertas de los indiferentes y estimularlos con la relacion de vuestros sufrimientos, no trepidaria en hacerlo, antes que dejaros espuesta al suplicio del hambre.

—¡Oh! no creais, señoritas, que es para obtener nuevas pruebas de vuestra bondad, que os he contado mis largos sufrimientos; creedme, exclamó la enferma, que en su delicadeza se inquietaba del sentido con que podian interpretar sus palabras.

—Estad tranquila a ese respecto, digna señora, se apresuró decir Elena; sabemos apreciaros debidamente para concebir en usted la menor idea desfavorable.

—Animada por esta misma idea, he rogado a mi madre, os contase su vida, dijo Rosa, con emocion. ¡Amo tanto a mi pobre madre! Cuando pienso todo el valor y la virtud que ha necesitado para conservar los elevados sentimientos que la providencia le habia puesto en el corazon! La admiro por su noble conducta y me parece que cualquiera que la conozca experimentará hacia ella los mismos sentimientos.

—Eres una buena niña y tienes mucha razon, respondió Margarita con su sinceridad acostumbrada. Yo pensaré en ustedes, continuó; tengo trajes y otros objetos que no me son

necesarios y no quiero queden en el ropero cuando a ustedes pueden serles útiles.

Apesar del interes que les ofrecia esta conversacion, dos niñas creyeron conveniente retirarse, a fin de no exponerse a los reproches de la señora que talvez estaria ya gustada con tan larga ausencia. Se despidieron, prometiendo volver pronto, y se encaminaron a la casa rápidamente.

Al entrar en el gabinete de su abuelo para contarle lo que acababan de saber sobre sus protejidos, Elena encontró al anciano triste y con la cabeza apoyada en una de sus manos.

—¿Qué teneis, papasito? le preguntó con inquietud, ¿habéis sido regañado a causa nuestra por mi abuelita?

—Nó, nó; no he sido regañado, replicó Mr. Dumont, que estoy disgustado con tu papasito, porque ya está pensando en venir a llevarte.

—¿Habeis recibido hoy carta suya? preguntó la niña con un tono mezclado de pesar y alegria.

—Sí, mi hijita; y ademas, no sé lo que pasa por mí, siento oprimido el corazon como si algo grave me amenazase.

—¡Ah! yo le escribiré a mi mamá, exclamó la sensible Elena, abrazando al anciano; ella os ama demasiado para querer causaros un pesar, y yo quedaré largo tiempo a vuestro lado.

Preciso es hacer conocer a nuestros lectores, que habiendo hecho una consulta en Paris sobre ciertas sofocaciones que sentia Mr. Dumont, los médicos declararon a su hijo que creian afectado de aneurisma al corazon. Nada habian dicho al anciano de esta sentencia, pero con la edad la enfermedad se desarrollaba a tal punto, que no podia soportar ningun pesar ni la menor contradiccion, sin experimentar al momento una gran conmocion tanto física como moral. Como lo habia previsto la niñita, su madre no tardó en contestarle que, a pesar de su impaciencia por verla a su lado, consentia de acuerdo con su marido, dejarla algunos meses mas, no queriendo, decia, contrariar en nada los deseos que tenia el abuelo de retenerla a su lado. Desde entónces el buen Mr. Dumont, pareció mas tranquilo y sufriendo ménos. La presencia de esta encantadora niña que él sabia apreciar muy bien, era indispensable a su existencia: era como una estrella

que velaba sus viejos dias, como una aurora que le traia la esperanza y la vida.

Sin embargo, este consuelo debia ser pronto seguido de un acontecimiento bastante desagradable que no podia por ménos que llevar la turbacion a un alma tan recta e impresionable como la suya. Por una omision que se escapó a su vijilancia en una acta relativa a una sucesion, los herederos lo atacaron por la justicia para obligarlo a reembolsar una suma de treinta mil francos, asegurando que se les debia. Seguro con la rectitud de su conciencia, el notario confiaba convencer a los jueces, probándoles que este reclamo no tenia fundamento; pero desgraciadamente, todas sus justificaciones chocaron con un acta auténtica autorizada con la firma de los jueces, en que se le condenaba a pagar la suma reclamada y las costas del proceso. Esta sentencia fué un rayo para el digno anciano: las sofocaciones le volvieron con mas violencia y tan pronto como llegó a su casa fué necesario llamar al doctor a toda prisa.

Mme. Dumont, a quien habian ocultado hasta entónces el peligroso estado de su marido, creyó por de pronto que sería una lijera indisposicion, y en lugar de ver modo de calmarlo, no hizo sinó agravar su mal, escalando duros reproches sobre lo que ella llamaba falta imperdonable, inconcebible, imprudencia, etc.

Pero cuál no sería su susto al saber por boca del doctor, cuando se despedia, que el caso era mui sério y que el enfermo necesitaba los cuidados mas asíduos y la tranquilidad mas profunda.

A pesar de las insoportables incomodidades con que no cesaba de importunar a su marido, la anciana tenia por él una sincera afeccion, y no podia soñar con la idea de estar separada de él para siempre, sin que su corazon no se partiese de dolor. Volvió a su lado animada de mui distintos pensamientos de los que habia manifestado un momento ántes.

Lo abrazó con ternura, confesándole que habia hecho mal en hacerle reproches y prometiéndole abstenerse en adelante de toda observacion que pudiese fatigarlo. Este cambio tan súbito operado en la conducta de su mujer, pareció inexplicable al pobre Mr. Dumont, pero experimentaba una nece-

sidad tan grande de descanso, que no pensó sinó en aprovecharse de esta tregua.

—¿Donde está mi Elenita? preguntó con ternura.

—Ha ido a casa de una de sus amiguitas, acompañada Margarita, respondió la señora, no tardará en volver, amio; estad tranquilo.

—En efecto, pocos instantes despues, la rubia cabeza de niña se presentó a la puerta. No habiendo encontrado a abuelo en su gabinete, lo buscó en el salon y el comedor creyendo encontrarlo, y así habia llegado al dormitorio del anciano, sin imaginarse el accidente sobrevenido a este último.

—¿Mi buen papá está enfermo? exclamó dolorosamente cuando hubo pasado el primer momento de estupor, y al lanzándose hácia el lecho, fijó sus ojos llenos de lágrimas en el semblante del anciano, como si hubiese querido apreciar por ella misma la gravedad del accidente, y se puso a sollozar sin poder pronunciar otras palabras.

—¿Me encuentras mui cambiado desde que nos separamos mi querida hijita? le preguntó el enfermo con tristeza.

—¡Ah! continuó, es que hai horas en la vida, tan penosas que son tan largas como un siglo!

Elena no comprendió el sentido de esta última frase; solo la primera la habia comprendido. Entónces no pensó mas que en asegurar al anciano que solo la sorpresa de verlo en su lecho le habia causado tan viva emocion. Desde ese instante no se separó de su lado: jamás un ser querido recibia atenciones mas delicadas y consuelos mas encantadores que los que el excelente corazon de esta niña, palpitante de ternura, de amor y de solicitud, prodigaba a su venerable abuelo.

Margarita, la buena Margarita, venía a unir sus esfuerzos a los de su señorita, a fin de apresurar tanto como fuese posible una curacion que ellas miraban como cierta, pues estaba confiada a sus cuidados y abnegacion.

CAPITULO VI.

Pocos dias despues el enfermo pudo levantarse, volver a su gabinete y pasearse por el jardin acompañado siempre de su nietecita que, temerosa de un nuevo ataque, no podia resolverse a perder un instante de vista a su querido abuelo.

Confiada por esta mejoría aparente, Mme. Dumont se persuadió que el doctor se habia engañado y le pesó haber anunciado a sus hijos esta noticia, temiendo haberlos sorprendido sin razon suficiente para ello. Se disponía a darles parte del restablecimiento de su padre, cuando su repentina llegada vino a evitarle este trabajo.

Tan pronto como los vió Mr. Dumont,

—¿Vendreis, acaso, les dijo, con la cruel intencion de llevarme a mi amiguita en los momentos que ha llegado a ser para mí lo mas necesario? Tranquilizadme a este respecto.

—Nó, nó, padre mio, es por eso, justamente, que previniendo que su ausencia debe prolongarse largo tiempo aun, nos hemos decidido a venir a verla, dijo Arturo Dumont, estrechando la mano del anciano con enternecimiento.

—Entónces sed bienvenidos, respondió este último, introduciéndolos en el salon, pueda ser que rodeados de todos vosotros pueda distraerme un poco de las penas que oprimen mi corazon.

—Qué! aun os acordais de este malhadado incidente? dijo Dumont hijo, con un aire que se esforzaba por manifestarse indiferente, a fin de hacer creer a su padre que él habia tomado fácilmente su partido.

—Ah! hé ahí los artistas, respondió la madre; no son sensibles mas que a sus instrumentos.

Y no tenemos razon, querida mamá? dijo a su vez la jóven, sonriendo.

—Pero dónde está nuestra Elenita? añadió, admirada de no haberla visto correr a su encuentro.

—Sabad de antemano, hijos míos, que vuestra hija tiene los mas extravagantes caprichos del mundo, se apresuró a responder Mme. Dumont. Creereis que esta niñita tiene una verdadera pasion por una familia de pordioseros, y que yo

misma he tenido que ceder a sus instancias, permitiéndole hoy a verla con su niñera?

—Todo esto es una interesante historia de la que hablamos despacio, dijo el anciano haciendo señas a sus hijos para que se abstuvieran de reflexiones que habrían producido interminables contestaciones de parte de la anciana.

En este momento se abrió la puerta del salón y la interesante Elena, ataviada con un elegante traje de campo, se abalanzó gozosa a los brazos de su papá y mamá, cuya llegada acababan de comunicarle.

—Cuánto ha crecido! Qué rosada y hermosa está! exclamaron a un tiempo los felices padres, cubriéndola de besos y caricias.

—Es tan puro el aire que se respira en Ramiremont, respondió Elena con alegría; se es aquí tan libre de correr donde se quiere que jamás se siente una mal.

—Escepto cuando hai penas, dijo tristemente el anciano atrayendo a sí a su nieta para abrazarla también.

—Es verdad, dijo la niña con emoción; pero vos no tendreis en adelante, pues vamos a quereros tanto que nos consolaremos radicalmente.

Como en la continuación de nuestra historia aparecieron mas seguido en escena los padres de la amable Elena, vamos a bosquejarlos a grandes rasgos segun lo que frecuentemente hemos notado en ámbos.

Arturo Dumont, es grande y bien hecho. Ojos inteligentes, notable rostro en regularidad y expresión; prevenia en su favor desde la primera mirada; pero como en su infancia habia sido sumamente mimado por su madre, habia contraido ciertos defectos de carácter que le perjudicaban algo en sus relaciones de mundo.

Sin embargo, tratándolo con intimidad, y conociendo la belleza de su corazón y la rectitud de su espíritu, se acababa por cerrar los ojos sobre su falta de saber vivir y rendir justicia a sus excelentes cualidades. Amaba la música con pasión y esto lo decidió a casarse con Enriqueta Duval, profesora de piano en Nancy, porque la víspera la habia oido cantar admirablemente en un concierto.

Quiso su buena suerte que su esposa no fuese solo

artista distinguida: poseía además, esas preciosas dotes que aseguran el orden y la paz en el interior de una casa, ejerciendo saludable influencia en todos los seres de que están rodeados.

Difícilmente se encontraría una madre mas tierna, una esposa mas abnegada, una dueña de casa mas cuidadosa que la jóven esposa Dumont. Ella misma habia educado a su Elena en el amor del bien y en sus sentimientos relijiosos y ahora se veía recompensada con usura de sus sábias lecciones con las admirables cualidades que habia sabido desarrollar en la tierna alma de su querida hija.

CAPITULO VII.

Por grande que fuese el placer que experimentaba Mr. Dumont viéndose rodeado de toda su familia, estaba visiblemente absorto por una secreta inquietud cuya fatal influencia ponía su vida en peligro. Las crisis se repetían con mayor frecuencia y a veces se manifestaban con tal violencia que eran seguidas de desmayos mui alarmantes. El doctor habia presentido, con gran desesperacion de Mme. Dumont y de sus hijos, que una muerte instantánea podia venir de un momento a otro. En cuanto a Elena, no comprendía las vivas inquietudes que demostraban por la salud de su querido abuelo. No se paseaba todavía con ella horas enteras? no la hacia cantar y contar historias, con lo que parecía soñar tanto? Mis buenos padres se engañan, se decia, la vida no puede extinguirse en nosotros con tanta facilidad, y volaba sonriendo al lado del anciano para alegrarlo con sus chistes. Sin embargo, Mr. Dumont no parecía estar mui seguro sobre el estado de su salud.

Una mañana, despues de haber pasado malísima noche, llamó a su lado a su mujer y sus hijos y les rogó hicieran venir al venerable cura de la parroquia, a fin, decia, de aliviar el pobre corazon, derramando en el seno del ministro del Señor, los secretos de su larga vida.

El digno pastor, avisado por la madre de Elena, vino inmediatamente al llamado del anciano que se confesó y comulgó con viva fé y santa esperanza en la misericordia del cielo.

El buen sacerdote se fué edificado y profundamente movido.

—Estoi cierta, mi buen papá, que pronto vas a estar completamente sano! exclamó la niña abalanzándose a él, los ojos húmedos aun por las lágrimas que acababa de derramar durante la imponente ceremonia de la comunión a la que habia asistido con toda la familia. Mi mamasisita me asegura siempre que Dios escucha las oraciones de los niños; ¿no escuchará las nuestras que acaban de unirse con tanto fervor a las del señor cura?

—Esperemos, mi querido ángel, respondió el anciano con un enternecimiento. Sin embargo, si su voluntad, que no podemos profundizar, decide otra cosa, debemos someternos a lo que murmura, y sin alterar en nosotros el amor que debemos a ese Padre Celestial.

La niña dobló tristemente la cabeza con esta respuesta a su abuelo; su tierna inteligencia no podia penetrar aun en los grandes misterios de la fé, para resignarse fácilmente a una desgracia que solo pensarla la abrumaba de dolor. Su tierna madre comprendió perfectamente lo que pasaba en el alma de su niña, así es que pensó en prepararla poco a poco a la realidad de un acontecimiento que ella temia tuviera fatales consecuencias en una naturaleza tan sensible e impresionable.

Algunos dias despues de esto, Mr. Dumont experimentó un malestar en el momento de sentarse a la mesa y propuso trasladarse al cenador del jardin para comer y pasar la tarde a todo aire.

—Habeis tenido una feliz idea, dijo alegremente el anciano, preparándose inmediatamente para trasportar el sillón; ahí respirareis con mas libertad, añadió, y podreis pasar una noche tranquila despues de tan hermosa tarde.

Mme. Dumont trató de oponerse a este proyecto por el desórden que ocasionaría; pero Enriqueta, Elena y Marguerita se excedieron tanto en prontitud para trasportar el servicio y las fuentes sobre la mesa de mimbres, que todo estuvo pronto ántes que la cuestion de la anciana hubiese terminado. Cuando toda la familia estaba instalada en medio de la fresca verdura, animada por el dulce cantar de los pájaros,

se felicitaron nuevamente de haber accedido a los deseos del enfermo y hasta la anciana se vió precisada a aplaudir la feliz idea de su marido.

Jamas habian visto mas viva y alegre a la amable Elena; cada uno gozaba con sus graciosas habilidades y el paseo campestre obtuvo los mas grandes sucesos.

Pero, ¡hai! un súbito cambio se operó en las facciones del anciano. Una azulada palidez se esparció por su rostro contraído, y exclamó de repente con sofocada voz:

—Aire! no puedo mas..... ¡Oh! por piedad un poco de aire, hijos míos!.....

Su voz se estinguió, balanceó su cuerpo y cayó, espirando en los brazos de su hijo que se habia precipitado para sostenerlo.

A las lamentables exclamaciones de la anciana Mme. Dumont, llegaron los domésticos; uno corrió a traer al doctor en tanto que otros ayudaban a Arturo a sostener el inanimado cuerpo de su amo, frotándole las sienes con vinagre y haciéndole respirar sales. Solo bastó al doctor estender su vista sobre el enfermo para sacudir tristemente la cabeza, diciendo al dirigirse a su hijo:

—Lo que temía, se ha realizado, señor; la arteria acaba de romperse por la violencia de la sangre... Está muerto.

—¡Muerto! exclamó a la vez Mme. Dumont y la jóven Elenita que acababa de adivinar la dolorosa verdad en la desconso-
ladora actitud del doctor.

—¡Está muerto! repitieron sollozando y cayeron de rodillas para implorar al cielo, y no se oyó mas que quejas y jermidos en ese lugar donde hacia un instante apenas, la familia formaba una reunion tranquila y feliz.

El dia de las honras, la mayor parte de los habitantes de la aldea se apresuraron a asistir a la iglesia a fin de rendir el último homenaje a la virtud de este hombre universalmente sentido.

Despues de cumplir con estos deberes, Arturo Dumont se ocupó de poner en órden los papeles de su padre, a fin de que ninguno de sus clientes tuviese que quejarse de la pérdida de alguna pieza importante de las que le habian sido confiadas. Júzguese cuál sería su admiracion cuando entre

un rollo de cartas descubrió una con cierro enlutado y esta inscripcion escrita de mano del anciano: "A mi desgraciada mujer y a mis pobres hijos."

Apoderándose de esta carta, fué a reunirse con su madre y su esposa, retenidas al lado de la cama de Elena, cuya debilidad habia sufrido mucho durante dos dias, para que su salud no se hubiese resentido. Despues de participarles el descubrimiento, rompió con mano trémula el cierro misterioso y leyó en alta voz lo que sigue: "Cuando tengais conocimiento de estas líneas que baño con mis lágrimas y que llevarán la desolacion a vuestras almas, el reposo eterno será al fin concedido despues de una existencia de luchas y incesantes trabajos. Mi mas grande deseo era poder dejaros una considerable fortuna para aseguraros a todos una existencia independiente. Pero ai! no me queda ni la certidumbre de que vosotros y mi querida Elenita, no quedais expuestos a la miseria. Sabed, oh! si este secreto no pudiese ser arrancado de la tumba, no me atrevería a descubrirlo por el temor de oir de vosotros palabras de reproche que pesaran sobre mí."

Sabed, pues, que para sobrellevar nuestros gastos y cubrir las considerables pérdidas que he sufrido desde largos años me he visto precisado a pedir préstamos y a gravar sucesivamente todos nuestros bienes y que os quedarán apenas algunos miles de francos cuando se paguen todas mis deudas."

No me preguntéis por qué en presencia de la realidad prefiero querido mas bien sufrir solo, antes que descubriros la verdad. Mi amor por vosotros, el temor que siempre he tenido de turbar vuestros sueños de porvenir, y la esperanza de establecer algun dia mis negocios, hé aquí mis excusas; pero ellas conmovieron vuestros corazones y alcanzarme el perdón. Manos a la obra, mi hijo mui querido: te verás obligado a hacer uso de tu talento para sostener tu familia; pero con la ayuda de tu buena y jenerosa compañera, esta tarea parecerá mas fácil y entónces mi querida hijita tendrá su porvenir asegurado, así como tu pobre madre que te recomienda con todas las fuerzas de mi alma. ¡Adios a todos! adios!

Vuestro desgraciado padre,

DUMONT."

Difícil sería pintar la impresion que produjo la lectura de esta carta, en las cuatro personas que acababan de oirla. La anciana tenia fija la mirada en su hijo, como si dudase de la verdad o no hubiese comprendido; la jóven esposa derramaba silenciosas lágrimas oprimiendo con ternura la ajitada mano de su hija, como para decirle: "Consuélate, yo estoy a tu lado para protejerte." En cuanto a Arturo, su actitud era la de un hombre que por primera vez entrevee la vida por el lado sério. Las conmovedoras palabras de su padre lo habian impresionado mas que todo, pues un corazon como el suyo, está siempre dispuesto a cumplir con valor el santo pensamiento del deber y a luchar hasta el fin para vencer todos los obstáculos.

—Héme aquí padre de familia, dijo, tendiendo una mano a su madre y la otra a su esposa. Hasta ahora me he contentado con los goces que este título me proporcionaba sin palpar la responsabilidad. No os dejeis abatir, me siento dispuesto a luchar con enerjia..... Y tú, mi querida hijita, continuó inclinándose hácia el lecho de Elena para abrazarla, sonríenos con confianza; te amo demasiado para no hacer toda clase de sacrificios para que nada te falte.

—Bien me lo habia dicho mi abuelito que quién sabe si no tendríais que ganaros la vida tocando la música, respondió Elena, que recordaba la conversacion que habia tenido con él a este respecto.

—Un recurso bien incierto, en verdad, indicó la abuela sin hacer caso de las señas que le hacia su nuera para conjurar sus desconsoladoras reflexiones. ¡Quién sabe lo que va a ser de nosotros, mis desgraciados hijos! continuaba exhalando profundos jemidos.

—Voi a liquidar cuanto ántes los negocios, replicó Arturo con firmeza y partiremos para Paris y allá respondo de todo: ya vereis como no me asusto de lo que tengo que hacer en semejante caso.

La anciana pareció medianamente tranquila con la promesa de su hijo; sin embargo, como la vida de la capital le sonreía, vió una pequeña compensacion a sus desgracias y se calmó poco a poco.

—Me habeis prometido, mi buena mamá, ir conmigo a

visitar a mis pobres protegidos: ¿nos iremos sin verlos? preguntó tímidamente la enfermita, que el recuerdo de su primer infortunio llevaba su pensamiento hácia los seres que la habían visto tan miserables.

—Trata de mejorarte pronto de tu indisposicion, que tu ángel, respondió la mamá, y te prometo que nuestra primera salida será donde ellas.

—¡Niña singular! pensando siempre en las penas de otros cuando tiene demasiado con las suyas! murmuró la abuela, levantándose con impaciencia; no se puede comprender semejante capricho!

Y se retiró temiendo no poder contenerse a la vista de la debilidad de esos padres que aplaudían unos sentimientos según ella, tan exajerados. Algunos días después, Elena y su madre, vestidas de gran duelo, se dirigían a la casita del Calvario, conversando sobre la conmovedora historia de la desgraciada familia y del ingenioso medio del excelentísimo Dumont para irles en ayuda. Cuando llegaron a la casa de Rosa y su madre, cuya salud no dejaba nada que desear, se bajaban cerca de la ventana, en un rico bordado que tenían empeño en concluir.

Su casa estaba limpia y el menaje aumentado con muchos muebles perfectamente en orden, lo que daba una idea favorable de las que la habitaban. Habiendo sabido la muerte de Mr. Dumont, asistieron a su entierro, así es que pronto cambiaron por sus trajes negros a las señoras que se dirigían a la casa y se apresuraron a salir a su encuentro.

—¿Es Ud., sin duda, la feliz madre de nuestra querida protectora? preguntó la pobre mujer a Mme. Dumont, sentándoles asiento. Que el cielo os la conserve para consolarnos de la dolorosa pérdida que acabais de tener! añadió la tristeza.

—Gracias, por el voto que me expresais, respondió la emoción la madre de Elena; él será oído, indudablemente, pues parte de un corazón que ha sufrido con tanto dolorismo.

—¡Ah! la señorita os lo ha contado todo! respondió la sensible mujer, mirando a Elena con reconocimiento. Si supiera, señora, lo que le debemos; ¡cuánto ha hecho por nosotros!

que hace aun diariamente, ¡oh! os gozaríais aun mas de haber dado la vida a este ángel de bondad!

Estas palabras esparcieron un velo de tristeza en la dulce fisonomía de Mme. Dumont. Hasta ahora no habia sentido tan vivamente la amargura por su cambio de posicion; pero en adelante, ya no le permitiría, lo mismo que a su hija, la satisfaccion de ser útil a sus semejantes. Hubiera querido, al ménos, anunciarles su próxima partida a Paris, a fin de que estas pobres jentes no contasen mas con sus socorros; pero no tuvo fuerzas para hacerlo, y continuó la conversacion sin dejar entrever lo que la preocupaba tan dolorosamente. Cuando hubieron salido, Elena le hizo esa misma reflexion a su madre, que le respondió:

—Prefiero escribirles en el momento de nuestra partida, hija mia. He temido por tí y por mí la triste escena que esta revelacion habria indudablemente producido; por eso nada les he dicho.

La niña no hizo ninguna observacion, pero por sus contenidos suspiros y sus lágrimas que trataba de enjugar oculta-mente, era fácil comprender que ella tambien hacia sobre el porvenir las reflexiones mas desgarradoras.

CAPITULO VIII.

La liquidacion de la testamentaria de Mr. Dumont no tardó en terminarse bajo el impulso que le daba Arturo, que la apresuraba con la mas viva ansiedad. Ademas de las considerables hipotecas, habia descubierto una cantidad de deudas de honor, cuya importante suma, añadida a todos los compromisos del difunto, y restado del producto de las ventas, no dejaba mas a los herederos que doce mil francos, mas o ménos.

La viuda Dumont exhaló tristes jemidos al saber la triste situacion de los negocios de su marido; y desconsolada, viendo vender a bajo precio sus magníficas propiedades, creyó morir de pesar; pero los padres de Elena, que habian creído un fin mas desastroso, es decir, quedar debiendo al fin de cuentas, se sintieron aliviados y casi felices de poseer esa pequeña suma, esperando con sus esfuerzos y trabajos poder procurarse una situacion mejor. El dia de la partida fué señalado desde

entonces, y la familia no pensó mas que en los preparativos de viaje, ayudados por la fiel Margarita, que no quiso por nada separarse de su señorita y se decidió a seguirla a París, pidiendo mas retribucion por sus servicios en la casa, que la estimacion de todos y el afecto de la amable niña. Al llegar a la capital, Arturo se ocupó inmediatamente en buscar alojamiento mas en armonia con su situacion, que el que habia paba hacia largos años en la casa de Antin. Sus hermosos muebles de palisandro fueron transportados a un cuarto de la calle de San Lázaro. Ahí los elegantes muebles fueron distribuidos en tres modestas piezas, cuyas pequeñas y gustosas ventanas y oscuros papeles, formaban con el lujo amueblado un contraste bastante penoso. La anciana no pudo a última en notarlo.

—No te parece, dijo a su hijo, suspirando, que estos recuerdos de opulencia no tienen mas objeto que hacernos sentir mas vivamente nuestras actuales privaciones?

Dumont experimentaba las mismas ideas, pero no lo confesaba y se contentaba con esponer a su madre sus proyectos, presentándoselos de la manera mas tranquilizadora. Estos proyectos consistian en abrir dos coros de canto para jóvenes de ambos sexos, dirigidos uno por él y otro por su esposa, que tambien daria lecciones de piano, mientras él buscaba discípulos de violin. Teniendo en París numerosos amigos esperaba que seria fácil estar luego en boga. Uno y otro habian tenido ocasion de hacer conocer sus talentos en diferentes conciertos a los que eran invitados, y donde habian ejecutado de una manera brillante trozos bastante aplaudidos.

Pero nuestros artistas ignoraban aun los obstáculos que era necesario vencer para llegar por esta difícil carrera a un fin feliz. Además, su carácter, como hemos dicho, no tenia la flexibilidad necesaria para avenirse a todo ni a esos cambios de política y casi hasta de humillacion que se exige a los que se presentan implorando sufragios. Así, lo vemos pronto agustándose tristemente si debia perseverar en el difícil camino en que la suerte lo habia arrojado.

Principió por hacer visitas con su esposa, a todas las personas que tenian costumbre de verlos con intimidad. Por

pronto experimentaron algunas decepciones por el modo muy diferente con que eran recibidos por algunos.

Arturo no podia colocarse ante ellos como hijo de buen nacimiento, que en su existencia independiente no se hace artista sino por amor al arte. No era mas que un músico que esperaba ganar para vivir con el producto de sus talentos, y desde entonces todo prestigio se habia destruido.

Se encontraba relegado por la opinion en una esfera mucho mas modesta. Comprendió fácilmente lo que pasaba en el fondo de esas almas que habia esperado interesar en su suerte y se irritó a tal punto que varias veces le costó contener su indignacion, lo que dió lugar para que algunos lo hiriesen con mordaz ironia.

—Piensa en nosotros, mi querido amigo, le decia la jóven despues de sus luchas cuotidianas; piensa que es por tu anciana madre, por nuestra querida hija que soportas esos sufrimientos de amor propio. Conserva tu calma, tu presencia de espíritu a la vista de estas dificultades; nos perderias sin remedio si te dejases arrebatar por la irritacion que te causan ciertos procederes de que te quejas con tanta justicia.

—¿Crees tú que si no os tuviese constantemente ante mis ojos, podria soportar tales jentes sin abrumarlas con mi desprecio? respondió con fuego; los desafiaria a ellos y sus preocupaciones, si yo solo tuviese que ser la víctima de mi franqueza!

Volvian a su cuarto piso, se esforzaban para aparecer tranquilos y no inquietar a su madre ni a su hijita que los esperaban con impaciencia, y les hacian mil preguntas sobre los acontecimientos del dia.

—¿Habeis estado en casa de Mme. Forville? preguntaba la niña, ¿como está Leontina? ¿Ha crecido? ¿Os ha preguntado por mí? ¿Tanto que nos divertíamos juntas!... ¿Y Clementina Dubreuil ha vuelto del colejo? ¿Ha obtenido tantos premios como el año anterior?

—¿Os han recibido bien? les preguntaba a su vez la anciana. ¿Tienen esperanza de principiar luego los coros? ¿Os han prometido mas discípulos?

La jóven tomaba la palabra y respondia a la una y a la otra de la manera mas satisfactoria.

CAPITULO IX.

Hemos perdido de vista a la buena Margarita desde su partida a Paris; sin embargo, su abnegacion por la familia Dumont merece que le conservemos todo nuestro interes. Sigamosla un instante en sus nuevas ocupaciones, a fin de ver como cumple debidamente sus obligaciones. Hasta entonces habia estado especialmente dedicada al servicio de la anciana, y tal de encontrarla siempre pronta a volar ante sus menores caprichos, poco se inquietaba si todas sus horas eran utilizadas. Pero Margarita, con su natural disposicion para servir a los padres de su señorita Elena, comprendió que era necesario multiplicarse, y así se habia hecho a la vez cocinera, camarera, aplanchadora y costurera de toda esta familia, a la que habia prometido consagrarse con el ardiente celo de que estaba animada. En vano la jóven señorita Dumont queria ayudar en algunos quehaceres de la casa.

—¿Querriais, señora, tener las manos rojas e hinchadas con las mias? exclamaba la excelente niña, oponiéndose. Cada uno en su lugar; el vuestro es hacer hablar ese instrumento que dice tan bellas cosas cuando le tocais; el mio es de cuidar la casa y de haceros olvidar que vivís en un cuarto piso.

La valiente niña bastaba para todo. Los muebles estaban esmeradamente aseados, el estrado brillante de limpieza, la cocina tan ordenada que la anciana dejaba de lamentarse sobre la necesidad de vivir en una casa mas confortable.

Muchas niñas se reunian en ciertas horas del dia para recibir lecciones de canto y piano, de Mme. Dumont. Elena asistia a estas clases y tenia tal aplicacion e intelijencia que su tierna madre gozaba de tener en ella la discípula mas aventajada.

La voz de la niña era justa, pura y sobre todo expresiva. Se veia que sentia, que comprendia cada nota antes de modular el sonido: así su canto parecia mas bien el dulce eco de un corazon que desahoga sus impresiones que a una melodía compuesta con las reglas del arte. En cuanto a Arturo, apesar de sus ardientes deseos de ser cuanto ántes útil a su familia, apesar de las numerosas solicitudes que se habia visto obli-

gado a hacer, no tenia la esperanza de poner a prueba su talento de artista.

Promesas y protestas de interes era todo lo que habia podido conseguir en pago de tanta humillacion.

—Contad con amigos cuando os encontréis en la desgracia, decia con amargura a su mujer; en tanto que se les recibe en un suntuoso salon y que se les recrea con las armonias de una música que nada les cuesta, todo va mui bien. Pero cuando cambia la situacion, no nos consideran dignos de su amistad y se vuelven tan indiferentes como ántes eran atentos y respetuosos.

—¡Qué hemos de hacer, amigo mio, respondia con dulzura su sábia compañera; hace largo tiempo que las cosas van de ese modo, y no del emos esperar que cambien solo para nosotros. Perseveremos, continuaba, y verás cómo llegará un día en que tendremos que felicitarnos de esos mismos amigos de que hoi te quejas.

—Sí, cuando cansados de sufrir vamos a arrojarlos a sus piés, suplicándoles nos tiendan una mano compasiva, respondió el jóven con dolor, talvez entonces nos arrojarán una limosna!

—Vamos, vamos, tú sabes bien, mi querido Arturo, que eso no puede suceder, que nunca llegaremos a ese estremo, respondió la madre de Elena, abrazando a su esposo con cariño. No es bien visto que tú trates de desconsolarme, cuando de mi parte no sueño mas que en reanimar en tí la confianza.

—¡Ignoro acaso, le respondió Arturo, que eres la mejor y mas tierna de las esposas, que nuestra hija, tu fiel imájen, es la mas adorable niña que puede consolar el corazon de un padre desgraciado? Pero es precisamente porque os amo tanto, que me irrito y me espanto de los obstáculos que se oponen a vuestra felicidad.

Si estas continuas conversaciones no lograban tranquilizar completamente a los esposos, avivaba, al ménos, la santa llama de la afeccion, y se sentian ménos desgraciados en medio de su desconsoladora situacion.

Decir todas las luchas que tuvieron que sostener nuestros artistas, seria cosa imposible y no haria mas que fatigar la imaginacion de nuestros jóvenes lectores con largos y penosos

detalles. Es por esto que nos transportaremos a una época la cual un incidente imprevisto debia llevar un próximo favorable cambio en tan triste situacion.

Cinco años mas tarde volvemos a encontrarlos en un quinto piso en la estrecha calle de San Pedro Montmartre, abatidos y desconsolados, preguntándose, en fin, cómo se proveerian al siguiente dia.

Hace dos meses que la esposa de Arturo padece un remesismo agudo que la hace sufrir cruelmente impidiéndole continuar sus tareas.

Elena ha llegado a ser una hermosa niña, a la que ve sentada cerca del lecho de su madre procurándole sus atenciones y consuelos. Hacia el centro de la pieza, media reestada, se encuentra sollozando la anciana Dumont a la que Arturo en vano quiere consolar, aunque él mismo hace tiempo ha perdido la esperanza de salir de la miseria. Margarita, una fiel y valiente Margarita, cuyo corazon no ha desfalecido solo instante en su larga y dolorosa abnegacion, trabaja en silencio cerca de la ventana, buscando el medio de encontrar en su imaginacion lo indispensable que falta en casa para el dia siguiente, con los pocos recursos que le quedan. Los hermosos muebles de palisandro, retenidos en pago por unos meses por los propietarios, han sido reemplazados por malas camas, una mesa y algunas sillas. Solo el piano ha sido respetado: está ahí cerrado, silencioso, en medio de esos objetos con que forma un doloroso contraste.

—¿Acaso no veo yo que las cosas van de mal en peor? decía la anciana, impaciente con los discursos de su hijo. Estoy en la edad en que con bellas promesas se enjugan las lágrimas; además ¿podré creer aun? Tantas veces como me prometido lo mismo y nuestras desgracias aumentan de dia en dia.

—La salud puede volverme, dijo a su vez la enferma, con una voz que traicionaba su secreta inquietud: entonces veré a dar mis lecciones en los colejos con ayuda de mi hijo que se encargará de las principiantes, y esto bastará, fuera lo que gana Arturo, para ponernos al abrigo de nuestras urgentes necesidades.

—Sí; pero para llegar ahí, mi pobre Enriqueta, dijo la

anciana, sacudiendo tristemente la cabeza, ¿cómo hacer, cuando estamos en la imposibilidad de daros las medicinas y alimentos según prescribe el médico?

—¿Y yo nada puedo hacer por mi tierna madre? exclamó la jóven con una espresion desesperante que hizo estremecer a la enferma.

—¿Debo esperar aquí en la inaccion, cuando su mejoría no es posible conseguirla sino cumpliendo las prescripciones del doctor? ¡Nó, nó, desde hoi buscaré trabajo, quiero salvar a mi madre!

—¿Usted señorita? ¿Usted trabajar como una pobre obrera? exclamó Margarita, cayéndosele de las manos la costura. ¡Oh! eso no es posible; no puede ser. ¿De qué os serviría esa voz que parece bajada de los cielos, esos talentos obtenidos con tantos sacrificios, si habeis de ir a encorvaros cada dia sobre una costura o un bordado?

—Débil sacrificio en comparacion del que tú haces por nosotras, mi buena Margarita, respondió Elena con emocion; y sin embargo, no es a tu familia la que socorres tan jenerosamente; ¿por qué no imitaré tu noble conducta, yo que soi su hija?

—¡Siempre tiene razon! respondió la excelente muchacha, enjugándose dos gruesas lágrimas que corrian por sus mejillas; es como si Dios hablase por su boca.

Durante este diálogo la enferma habia tomado la mano de su hija y la oprimió con ternura. Arturo, con la cabeza apoyada en el marco de la chimenea, parecia absorto en dolorosas reflexiones, en tanto que la anciana con su movimiento de cabeza habitual, murmuraba a media voz:

—La niña se engaña; no la han educado para el trabajo; no podrá acostumbrarse a él.

—Me permitireis poner en obra mi proyecto, ¿no es verdad mi buena mamá? volvió a decir Elena, y viendo la señal de aprobacion que le hacia la enferma, cuya emocion no le permitia contestar, fué a abrazar tiernamente a su padre como tambien a su abuela, dió un apretón de manos a Margarita, y se dirigió a su pieza para arreglar un poco su traje y tomar su sombrero.

CAPITULO X.

Animada por estas buenas resoluciones, Elena salió de casa y tomó la calle de Montmartre, a fin de buscar lo necesitaba. Su semblante, de una transparente blancura, encontraba ligeramente sonrosado; sus facciones dulces y delicadas, sus ojos transparentes y puros tenían tal expresión de candor y pureza que ninguna mirada humana no habría podido fijarse en ella sin experimentar un sentimiento de admiración y de respeto.

Preocupada en una sola idea, caminaba en medio de los paseantes, examinando cada almacén con mirada inquieta sin atreverse a entrar en ninguno, cuando un aviso, colgado en la puerta de una florista vino a llamar su atención; tenía esta inscripción: "Se necesita una obrera para flores finas". ¿No había ella aprendido a hacer flores en su niñez? Pues recordaría este trabajo, que era de todo su agrado. No le faltaba que titubear, era preciso presentarse. Sin embargo, su corazón latía con violencia, su mano temblaba al tocar el tirador de la puerta, sus piernas parecían no poderle prestar apoyo; tal era su emoción! ..

—¿Necesitais una obrera, señorita? preguntó a una joven que se encontraba en el mostrador.

Esta última la examinó, pareció reflexionar, la examinó de nuevo; luego, como si acabase de rechazar una suposición absurda, le respondió:

—¿Será para ocuparse en el taller, señorita, pues no da trabajo fuera de la casa?

—¿Puedo saber cuánto es el precio del día? preguntó Elena.

—Todas nuestras obreras trabajan a destajo; su salario depende de la habilidad de cada cual.

—¿Y cuándo podré principiar?

—Desde mañana si usted quiere.

—Acepto, señorita, dijo Elena con tono firme, puede usted contar conmigo.

Iba a retirarse cuando la niña, abriendo un registro, le rogó le diese su nombre y su dirección.

—Elena Dumont, calle San Pedro Montmartre número...

—¡Qué! ¿Usted será?... No me habia equivocado, exclamó la jóven florista abalanzándose a Elena y estrechándola en sus brazos.

—¡Rosa! exclamó a su vez esta última, cambiando su sorpresa en alegría. Rosa: ¿es a tí a quien vuelvo a encontrar? le respondió. ¡Ah! el cielo os ha recompensado vuestros sufrimientos y vuestra virtud.

—Y usted habrá tenido que sufrir, usted la mas santa, la mas abnegada de sus criaturas? exclamó Rosa derramando lágrimas; pero venid a ver a mi madre; usted nos contará todo, y nosotras le diremos tambien cuanto nos ha sobrevenido desde nuestra separacion.

Mme. Bonnard se ocupaba en este momento con sus tres hijas menores en cortar pétalos de rosas, en una salita contigua al taller de las obreras.

Tan pronto como vió a Elena la reconoció sin titubear y levantándose con precipitacion, le dijo, saliendo a su encuentro:

—¡Dios sea bendito! mi mas vivo deseo al fin se ha cumplido, y puedo, mi querida señorita, manifestaros mi reconocimiento por todo el bien que nos habeis hecho! Puedo mostraros los felices frutos que ha producido vuestra obra y regocijarme en vuestro generoso corazon con el relato de nuestro bienestar actual.

—Creedme, señora, respondió Elena, que es para mí un alivio en medio de mis pesares, saber que ustedes son dichosas.

—¿A vuestros pesares? replicó la excelente mujer; pero eso no es posible!... ¿Cómo? ¿la desgracia habrá podido alcanzar una existencia que parecia asegurada por todas las felicidades del mundo?

—Y es la pura verdad, mi buena madre, respondió Rosa, tristemente, nuestra jóven bienhechora no se ha librado de los funestos golpes del infortunio; pero confiemos que la Providencia no le habrá hecho experimentar tan duras pruebas, sino para ponerla mas tarde al abrigo de las tempestades de la vida.

La jóven Dumont contó todo lo ocurrido a su familia desde la muerte de su abuelo; y concluyó con el triste relato de su presente situacion y de la gravedad del estado de su madre.

Debeis comprender ahora, continuó, lo que me ha decidido a buscar trabajo; es el único medio que queda para sustentar mis queridos padres de su dolcrosa situacion. ¿Qué es lo que me ha conducido hácia ustedes ántes que a otra parte? No sé; pero bendigo doblemente mis resoluciones puesto que nuestro encuentro es la primera consecuencia.

—¿Que hab-ís venido realmente a ofreceros como obrera? preguntó Mme. Bonnard, derramando lágrimas; eso no puede ser y no sucederá, añadió. Aceptad, noble niña, esta borla que Rosa ha bordado para regalarme en mi día; contiene cien francos: no espere usted que esté vacía para poderla llenar de nuevo. ¿Usted no ha vaciado dos veces su mano en mi desfallecida mano? No hago mas que seguir su ejemplo: nada tiene que replicar.

Elena titubeaba en tender la mano para aceptar este socorro pero reflexionando que con su trabajo en esta casa podía vengar esta deuda, se decidió a hacerlo.

—Pongo, sin embargo, una condicion, les dijo sonriendo, es que me permitireis venir desde mañana a ocupar un puesto en vuestro taller. Necesito mas que nunca trabajar; será una ocasion de ver a ustedes y un medio de aliviar en parte el sacrificio que hacen por nosotras.

—Es verdad que nos sereis mui útil, uniendo vuestros esfuerzos a los nuestros para la direccion de las obreras, todas tan entregadas a sí mismas, respondió la excelente mujer. Si eso puede complaceros, os recibiremos con júbilo; pero no se hable mas de reconocimiento: entre nosotras debe haber mas cuestion que de amistad.

—Estamos convenidas, ¿no es verdad, querida Elena? dijo Rosa con una voz llena de ternura; en adelante seremos amigas; nos ayudaremos unas a otras, es tan natural darse cuando se ama; y jamas el frio reconocimiento que dirijen los corazones indiferentes no será pronunciado entre nosotras.

—Vuestra conducta respecto a mí, respondió la hija de Dumont, es de una delicadeza que os asegura de antes mi afeccion mas profunda y espero poder probárosela durante la recíproca intimidad en que viviremos en adelante.

—Me queda aun que esplicaros, dijo Mme. Bonnard,

os encontramos en Paris a la cabeza de una industria que está en toda su prosperidad, cuando nos habeis dejado de simples bordadoras en nuestra pequeña casa del Calvario. Ante todo debo hablaros del dolor que experimentamos cuando habiendo ido a informarnos del motivo de vuestra prolongada ausencia, supimos que habiais partido para no volver. Nos sentimos tan desconsoladas con el temor de caer en la miseria de donde nos habiais sacado, que por largo tiempo no tuvimos ni valor para trabajar.

En este tiempo, una señora extranjera nos confió un ajuar muy delicado, y nos fué preciso trabajar con gran celo a fin de concluirlo en la época fijada; esto distrajo un poco nuestra imaginación de los penosos presentimientos que oprimían nuestras almas. El trabajo aumentó, y ganábamos cerca de cinco francos por día, y como nuestros gastos apenas subían dos francos, en menos de un año nos encontramos en posesión de un pequeño capital. Desde entónces tuvimos la ambición de hacer bastantes economías para venir a establecernos en Paris, esperando que nuestro trabajo sería doblemente pagado. Desgraciadamente mi pobre marido murió antes de ver realizado este sueño que lo halagaba, como a nosotras, asociándose a nuestras esperanzas.

El abatimiento y el dolor nos sumerjió de nuevo en la incertidumbre y la inacción. Procurar una existencia tranquila a este ser tan bueno, tan reconocido, y que siempre habia sido tan desgraciado, era el objeto principal de nuestros esfuerzos; así fué que derramamos amargas y abundantes lágrimas sobre esta tumba que no podíamos decidirnos a abandonar. Cuando llegué a la capital con mis cuatro hijas, mi primer cuidado fué ir a la calle Chausseé d'Antin a la dirección que me habian dado, para tener el gusto de veros; pero ni aun se dignaron decirme en qué calle vivian vuestros padres. Esta primera decepción debia ser seguida de muchas más. Yo habia pensado que me bastaría mostrar uno de mis bordados para que se apresuraran a darnos tra-

Cuál no sería mi terror cuando despues de presentarme en varias casas, volví sin haber podido obtener una sola pieza. Rosa y sus hermanitas se pusieron a llorar; yo lloraba con

ellas, arrepintiéndome vivamente de haber dejado nuestra aldeita de Ramiremont.

Nuestro alojamiento y alimentos eran de lo peor y sin embargo nuestros gastos diarios subían bastante: ¿qué sería nosotros, si nuestras economías se concluían ántes pudiésemos procurarnos medios de subsistencia? Unos nos confiaron muchas docenas de cuellos; entregamos por nuestra obra; pero el precio era tan reducido que no alcanzamos a ganar tres francos por día.

Comprendí entónces, que era menester hacer otra cosa: me decidí a colocar a Rosa como aprendiz en casa de un florista. En poco tiempo se puso tan diestra en este trabajo que pudo enseñar a sus hermanas y a mí a cortar y pinzar flores y antes de un mes de ejercicio llegamos a ganarnos seis a siete francos por día.

Tres años mas tarde compramos el almacén de la anciana que nos daba trabajo desde nuestra llegada. No tenía mucha clientela, así es que no se mostró exigente en cuanto a valor y se contentó con vendernos sus mercaderías a precio de factura. Desde entónces hemos triplicado la cifra del negocio, y ahora apenas podemos dar abasto a todos los pedidos que nos hacen.

—Actividad, valor y honradez se necesita ménos para asegurar el éxito de semejante empresa, dijo Elena cuando Mme. Bonnard hubo dejado de hablar; debíais prosperar: vuestra posición no puede sino mejorar de día en día.

—Cualquiera que fuese el éxito de que habláis, señores, habríamos podido, sin embargo, morirnos de hambre y sufrimientos en nuestra cueva, si no nos hubieseis sacado de ahí, respondió la madre de Rosa; podríamos haber pasado nuestra vida por perezosos, por personas sin corazón que merecíamos se nos tendiese una mano para ayudarnos a salir del abismo en que estábamos perdidos para siempre.

En fin, después de nuevas protestas de una y otra parte, Elena se separó de las floristas y se apresuró a volver al lado de sus padres, los que la esperaban impacientes y deseando saber lo que le hubiese acontecido.

Su pobre madre la esperaba con ansiedad, temía verla volver con semblante triste y el alma helada por alguna

tiva humillante que hubiera tenido que soportar. Júzguese de su alegría, cuando su querida hija le hubo contado todo y cuando hubo depositado sobre la mesa la bolsita de Mme. Bonnard.

La abuela no podía creer lo que oía y veía y permanecía muda ante tal prodigio. Arturo, inmóvil y absorto en sus pensamientos; su mujer admiraba a su Elena llorando y fué Margarita la primera que pudo hablar.

—Yo lo decia, exclamó, que el buen Dios no se olvidaría de esta hija querida del cielo, y que le preparaba alguna recompensa! Guardémonos de creer que es la casualidad la que la ha conducido hácia esas buenas y dignas mujeres. Nó, nó, es la Providencia que ha querido reunir las y ha guiado los pasos de nuestra Elena hácia su morada, donde debia recibir la recompensa de sus beneficios.

—Sí, mi querida Elena, dijo Mr. Dumont aproximándose a su hija; cuando eras pequeñita, tu alma compasiva escuchó las quejas exhaladas por seres desgraciados: no te preguntaste sin duda, si te esponías a sostener el vicio. Viste al menesteroso y a ejemplo de Nuestro Señor que curaba al culpable y al inocente, no pensaste sinó en socorrerle. Tu generosa accion ha sido bendecida y hoi es premiada de una manera providencial.

—¡Puede este primer rayo de felicidad esparcido sobre vuestra existencia, despues de tan largas pruebas, daros un poco de confianza, mi tierno padre! respondió la jóven abrazándolo afectuosamente. ¡Y usted, mi buena mamá, añadió, inclinándose sobre el lecho de la enferma, pueda El poner fin a vuestros prolongados sufrimientos! ¡Entóncees, solamente me consideraré bien feliz!

—¡Quién no renaceria a la vida y a la esperanza en presencia de una criatura tan perfecta como tú, mi mui querida Elena? dijo Mme. Dumont acariciando los bellos bucles de su hija. La desgracia debia ceder un dia infaliblemente bajo tu dulce y saludable influencia.

—Sí, sí, exclamó Margarita, doblando su costura para ir a preparar la comida; yo os lo decia, que era necesario no desesperar. En cuanto a mí, no tenia mas que mirarla y todo mi pesar se disipaba como la niebla ante el sol de la mañana.

CAPITULO XI.

Algunos dias despues Elena se encontraba rodeada de docena de niñas, cada una ocupada, ya trabajando un ramo de rosas, una guirnalda de flores o una corona de novia.

—Os las confío de nuevo, querida amiga, le dijo Rosa jándola para volver al almacén donde la esperaba un comprador. Las jóvenes se disputaban los lugares mas próximos a su amable maestra, rogándole les cantase el romance que les habia prometido la víspera.

—Si trabajan bien, respondió sonriendo Elena.

—¡Oh! os lo prometemos, señorita, y cumpliremos nuestra palabra, estad segura de ello.

Entonces, cediendo a sus ruegos, la joven y su música principió con voz pura y simpática a entonar una melodía relijiosa.

—Teneis ahí una niña que canta admirablemente, exclamó con entusiasmo el cliente de Rosa, acercándose a la puerta del taller: jamás he escuchado sonidos mas armoniosos, mas mejor sentidas y mas deliciosamente espresadas.

—¡Ah! es que su alma sabe comprender lo que hai de bello en la inspiracion que ha dictado ese maestro de obediencia respondió Rosa, mas orgullosa del elogio del extranjero que a ella hubiese sido dirigido. Sí, señor, continuó con fuerza no es nada escuchar a mi dulce y encantadora amiga; es preciso conocerla para poder juzgar bien su talento.

—Hai en ella toda la inspiracion de una artista, respondió el cliente, mas y mas entusiasmado con la voz que seguia cantando en la pieza vecina. ¿Cometeria una indiscrecion señorita, si os rogase me concedieseis un instante de entreteneros a vista con vuestra amiga? añadió con voz bondadosa y sumamente amable.

—Voi ó darle parte de vuestros deseos, se apresuró a responder la joven Bonnard y corrió al taller y se llevó a Elena, tan sorprendida como conmovida por lo que acababa de decirle su amiga.

—A fin de inspiraros toda confianza, señorita, en el motivo que me ha hecho obrar así, dijo el extranjero a la joven Dumont, pasando con ella al saloncito, os diré,

todo, que soi profesor del conservatorio, y que tengo tal pasion por la música, que me es imposible resistir a la influencia de un talento real y de notables disposiciones por este arte divino. Vuestra voz me hace presentir que en usted arde el fuego sagrado de la inspiracion, y es para ofreceros mi apoyo en caso que quisiesséis seguir vuestros estudios que he solicitado esta entrevista.

—Eso sería, señor, el cumplimiento de los votos mas ardientes de mis padres, respondió Elena ruborizándose, pero desgraciadamente para las circunstancias de su posicion me es un deber ayudarlos con mi trabajo, y mui a pesar mio me veo obligada a rehusar su jenerosa proposicion.

—¿Qué profesion tienen ellos? No podrian desempeñar algun destino que les permitiese pasarse sin la ayuda de usted? preguntó el profesor.

—Ambos son artistas, respondió de nuevo la jóven Dumont: mi madre da lecciones de piano y mi padre enseña el violin.

—En ese caso, me encargo de asegurarles su porvenir, por lo poco que sea su mérito, del que no puedo dudar puesto que han podido formar una discípula tal como usted, dijo el profesor tomando su baston y su sombrero. Tenga usted la bondad de darme su direccion, señorita, y anunciar a sus padres mi visita para esta tarde. Nos entenderemos acerca de lo que fuere mas convenga hacer para mejorar la situacion.

Despues de haber tomado nota de la calle y número que le indicó Elena, la saludó y volvió al almacen, donde encontró a Rosa ocupada en arreglar en una caja de carton las flores que habia escogido.

—Soi mui feliz, señorita, que el dia de mi mujer me haya procurado la ocasion de conocer a usted y a su interesante amiga, le dijo sonriendo; antes de mucho tiempo espero ser tan familiar a esta niña como tambien a su familia; creo que eso os causará placer, pues parece que la amais mucho.

—Esta promesa me colma de alegria, señor, respondió la florista, y si mas tarde tengo ocasion de haceros conocer sobre qué bases se funda mi amistad por vuestra amable protejida, solo entónces podreis comprender cuánto os agradezco lo que vais a hacer en su favor.

El profesor saludo y salió.

Rosa corrió a ver a su madre, a donde Elena la había presdido, y las tres conversaron de este incidente que parecdeber decidir, en fin, de la futura suerte de la familia Dumont.

CONCLUSION.

Nos regocijamos de poder presentar a vuestra vista, jóvenes lectores, el cuadro de una felicidad que desde largo tiempo deben haber deseado a seres tan dignos de gozarla. Apenas han pasado dos años desde los acontecimientos que acabamos de narrar, y ya las promesas del jeneroso profesor se han realizado mas allá de lo que se deseaba. Recomendados calurosamente por un hombre cuya influencia se extendía hácia un gran número de personas capaces de apreciar un verdadero talento, Arturo y su mujer se vieron buscados como artistas por la mas honorable sociedad, lo que les había procurado tantos discípulos como podia desearlos.

La holganza ha reaparecido poco a poco en el hogar y con ella la paz y la alegría. Viven en un espacioso edificio, donde la anciana Dumont ha vuelto a encontrar con delicia sus confortables costumbres.

Sirviéndola la buena Margarita se considera muy feliz para soñar, siquiera, en quejarse de sus exigencias. Elena acaba de obtener el primer premio en el conservatorio.

Para celebrar dignamente este triunfo, una espléndida comida, seguida de un concierto en que la virtuosa joven haría los honores, debe reunir numerosos invitados, entre los que se encontrará el profesor, Mme. Bonnard y su hija.

La abuela, fiel en sus preocupaciones, ha trabajado por hacerlos desistir de la inconveniente idea de confundir con la jente de un rango superior dos mujeres salidas de la última clase de la sociedad; pero sus reclamos no han sido admitidos, y trata de consolarse repasando en su memoria los distinguidos nombres de las personas que deben figurar en esta recepcion.

FIN.

